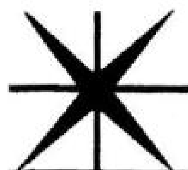


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

lucky marty

RESURRECCIÓN

F. CORTIELLA

LUCKY MARTY

RESURRECCIÓN

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 34.145-1968

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

Capítulo primero

Llovía a mares sobre el cementerio de Arlington, pero los cuatro hombres que trabajaban sobre aquella tumba redoblaban sus esfuerzos para sacar el negro ataúd que debía reposar eternamente sobre el fondo de la fosa abierta.

Pisoteada por sus pies, la tierra removida se convertía en barro pegajoso que se adhería a las botas de goma de los cuatro hombres, quienes no dejaban de renegar. El cielo parecía protestar de aquella profanación y, en la negra noche, de vez en cuando iluminada por un relámpago, la lluvia caía, inundándolo todo.

—¡Vaya nochecita! —protestó uno.

—Está diluviando —rezongó otro.

Una tercera voz se alzó en la noche, ordenando:

—¡Basta de charla y a trabajar! Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

La voz pertenecía a un hombre alto y huesudo, cubierto de la cabeza a los pies con un impermeable. No podía vérsele el rostro porque su linterna alumbraba a sus cuatro compañeros, que en aquel instante lograban sacar el negro ataúd fuera de la tumba profanada.

Vio que se dirigían hacia el vehículo que les esperaba y la voz de aquel hombre volvió a tronar:

—¡Esperad, borregos! Hay que dejar esta tumba tal como la encontramos. Nadie debe saber que el cadáver de Acey Bardot ya no está ahí.

Los cuatro hombres se detuvieron y uno de ellos osó protestar:

—¿Para qué tomarse tanto trabajo? Pensarán que han estado aquí algunos ladrones de tumbas.

El hombre del largo impermeable esta vez rugió:

—¡No seas imbécil, Okolovich! Acey Bardot era un pobre diablo: apenas le alcanzaba la paga del Gobierno para cubrir gastos. ¿Qué diantres se le podía robar? Se fue al otro mundo con lo puesto.

Y luego, con su voz más autoritaria todavía:

—¡Cubrid esa tumba! Quiero que todo quede igual que antes. ¿Entendido?

Cuatro voces aceptaron, sumisas:

—Entendido…

Volvieron a chapotear sobre el barro, trabajando con las herramientas en la tierra removida y al poco uno de ellos anunció:

—Ya está, ciudadano Dorenko.

Dorenko Ebrasko, ciudadano de primera clase por derecho propio, estuvo examinando con sus ojos saltones hasta el menor detalle, antes de dar su visto bueno:

—Perfecto: nadie notará nada. La lluvia ayudará a borrar toda huella. ¡Vámonos!

El vehículo arrancó dirigiéndose hacia la parte Sur del cementerio de Arlington, no hacia la puerta principal. A los pocos minutos estaban ante una verja y Dorenko Ebrasko no se molestó en ordenar a sus hombres que bajaran para poder franquear la salida, se limitó a pulsar un mando de control remoto y una célula fotoeléctrica entró en acción. La verja se abrió y una vez pasó el vehículo volvió a su posición normal.

El coche enfiló hacia la autopista número uno, pero dando un rodeo, ya que había salido del cementerio por la parte sur. Al poco se confundía entre el intenso tráfico que se dirigía hacia Washington, la capital Federal de los Estados Unidos.

* * *

La prensa aún comentaba la inesperada y sentida muerte de Acey Bardot, uno de los físicos nucleares de mente más despejada y que había contribuido mucho a los últimos adelantos de la Ciencia.

Se le encontró muerto en su laboratorio, tendido en el suelo, al parecer víctima de un ataque cardíaco. Éste fue al menos el primer dictamen médico aunque, posteriormente, tras un examen más detenido, se llegó a otra conclusión: Acey Bardot había sido asesinado.

En su estómago se encontraron residuos sospechosos de un líquido que debió de ingerir con el desayuno. Esta sustancia había agarrotado los músculos del corazón causándole muerte instantánea.

Pero ¿quién le había asesinado y por qué motivos?

A Acey Bardot no se le conocían enemigos. Siempre había sido un hombre amable con todos, lleno de una humanidad que rebosaba en cada una de sus palabras. Sus íntimos siempre le recordarían con una simpática sonrisa sincera y abierta, capaz de comprender con su mente privilegiada, cualquier postura por más antagónica que fuera a sus nobles principios y creencias. Su joven esposa Ada Oliver había dicho en muchas ocasiones de él:

—«Acey es un santo: tanto, que creo que un día arruinará nuestro matrimonio. Su amor a la Ciencia es tal, que anula su amor hacia mí. Los hombres como Acey no deberían casarse para formar

una familia, ya que su hogar es el mundo.»

Pero Acey Bardot había abandonado este mundo, empujado por la misteriosa mano asesina que se había cuidado muy bien de no dejar la menor huella, la más mínima pista. A los tres días de su muerte las investigaciones seguían igual: en el punto de partida.

Dean Masson, jefe de la policía Federal de Washington, estaba que echaba chispas por los ojos. La prensa empezaba a meterse con él, haciendo alusiones a su inutilidad. Si las cosas continuaban así, sabía que en las próximas elecciones no conservaría su puesto.

En su bloc de notas aún no tenía a ningún sospechoso. Podía llenarlo con los diez mil doscientos nombres del personal que trabajaba en el Laboratorio que dirigió Acey Bardot, pero, ¿qué adelantaba con ello?

En todo caso, empezaría consignando uno: Claney Turner.

Claney Turner había sido, hasta la muerte de Acey Bardot, su ayudante principal. Ahora ocuparía el puesto dejado por el maestro y él sería el director del Laboratorio. La paga del Gobierno no era para cometer un asesinato: pero quizá, el prestigio de dirigir a los diez mil científicos más famosos del país, sí lo era.

Después de todo, por algo había que empezar.

Como jefe de la Policía Federal de Washington, Dean Masson dio las órdenes oportunas para que Claney Turner fuera estrechamente vigilado. Quería en su despacho un informe diario, detallándole lo que hacía en cada segundo de su vida. Tanto en el trabajo como en su vida particular: quería saber lo que hacía y cómo se comportaba.

La investigación se hizo a fondo y el resultado fue sorprendente. Según unos informes procedentes de Los Ángeles, Claney Turner y León Tkruschine era una misma persona. El tal León Tkruschine se había instalado en Los Ángeles hacía veinte años procedente de Ucrania, nacionalizándose al poco tiempo como norteamericano. Pero, diez años después, cuando con otros técnicos instalaba una central nuclear en el Gran Cañón del Colorado, había muerto por acercarse excesivamente al potente reactor atómico. La información era completa en este sentido, ya que a Claney Turner entonces conocido con su nombre ruso de León Tkruschine, se le habían concedido las honras fúnebres propias del alto cargo que ocupaba. Unas fotocopias indicaban su tumba en Berbery Hill, así como los certificados de defunción correspondientes.

Asimismo, se incluían señas personales, huellas digitales y otros datos. Y todos coincidían con el Claney Turner que, desde hacía diez años, venía ocupando otro puesto de responsabilidad en los Laboratorios Centrales de Washington.

Dean Masson quedó confuso y se puso en comunicación directa con Los Ángeles. Quería saber más de aquel hombre y así se enteró que la viuda de León Tkruschine aún vivía en aquella ciudad y por California estaban esparcidos muchos de los testigos presenciales de sus funerales y su entierro.

Pulsó un timbre y cuando entró uno de sus ayudantes ordenó:

—Averigüen cómo entró en los Laboratorios Centrales de Washington ese tipo de doble personalidad. ¡Quiero saberlo hoy mismo!

Lo supo aquella misma tarde, porque los archivos del laboratorio se abrieron ante las credenciales de las agentes federales de Washington. Claney Turner había ingresado procedente de la Universidad de Columbia, recomendando por el profesor John Jurgens. Y, en aquellos diez años, por indudables méritos propios, había ido escalando puestos hasta convertirse en el ayudante predilecto del asesinado Acey Bardot, para pasar al puesto de director después de su muerte.

Dean Masson se puso en contacto con la Universidad de Columbia y le informaron que el profesor John Jurgens hacía diez años había muerto, de un ataque al corazón. Y allí no había datos que indicaran que el tal Claney Turner o un tal León Tkruschine hubiesen estudiado en aquella Universidad.

Malhumorado, Dean Masson cortó la comunicación diciendo:

—Gracias. Ya es suficiente.

Volvió a pulsar el timbre y cuando entraron dos de sus agentes ordenó, firmando la orden:

—Detengan a Claney Turner donde quiera que esté.

Uno de los agentes miró a su jefe, sorprendido:

—¿Es el asesino de Acey Bardot, señor?

—No lo sé. Pero, ese tipo resulta sospechoso por otros muchos motivos.

Capítulo II

No fue posible detener a Claney Turner. Le encontraron muerto en su domicilio, al parecer también víctima de un ataque al corazón.

Un posterior análisis demostró que había bebido el mismo líquido que Acey Bardot en su desayuno, agarrotándole los músculos cardíacos y causándole la muerte.

Pero en su caso había un dato altamente significativo. Claney Turner había empleado los últimos instantes de su vida en garabatear algo sobre un papel que estaba junto a la servilleta del último desayuno que tomó.

El escrito, de letra temblorosa, decía así:

«El asesino de Acey Bardot es su esposa Ada Oliven Hace tiempo que ella le pedía el divorcio y Acey se lo negaba. Yo estaba enterado de sus disputas y llegué a saber que Ada le puso ese condenado veneno en el desayuno al profesor. Ada temía mis sospechas y esta mañana vino a verme. Ahora noto agarrotado mi estómago. Sé que voy a morir y que ella ha echado en mí café unas gotas de ese veneno. Ada Oliver ha obrado así aconsejada por Joyce Wagner. Los dos quieren casarse. ¡Ellos son los asesinos!»

Las últimas palabras eran casi ilegibles, pero los peritos calígrafos de la policía descifraron letra por letra. Dean Masson ordenó a sus hombres:

—Quiero a esa parejita de asesinos aquí. El amor no debe enfangarse con ningún crimen.

Uno de los agentes, balbuceó ante su jefe:

—¿Sabe… sabe quién es Joyce Wagner, señor?

—¡Sí! ¡Lo sé! Leo los periódicos y estoy enterado de las cosas, Mordey. ¿Cree que soy un estúpido que sólo ve los partidos de rugby por la televisión? ¡Pero me importa un higo quién es Joyce Wagner! Aquí tengo una nota que le acusa y un hombre que va a morir no emplea sus últimos alientos en contar mentiras. ¡Vayan a por él!

—A la orden, señor. Pero tendremos dificultades con el general Mansfield.

—Yo arreglaré eso con el general Mansfield. Quiero ver cómo ese niño bonito se sacude esta acusación.

El sargento Morley se cuadró, diciendo:

—Usted manda, señor. ¡Traeremos a Joyce Wagner aquí!

Dean Masson se levantó más conciliador. Conocía bien a sus subordinados y sabía que Jean Morley era uno de sus mejores

hombres, aunque algo impulsivo. No quería problemas con el influyente general Mansfield, jefe inmediato del prestigioso ingeniero astronáutico Joyce Wagner. Por eso recomendó:

—Con tacto, Morley. No se deje llevar por sus impulsos.

—Así lo haré, señor.

—Primero averigüe si es cierto que Joyce Wagner y la viuda de Acey Bardot tenían relaciones secretas.

—¿Quiere que la visite primero a ella, señor Masson?

—No estaría de más, Morley. Las mujeres son más parlanchínas y puede usted atraparla en algo.

—¿Algo más, señor?

—Nada, Morley. ¡Suerte con ese niño mimado! El agente Morley giró sobre sus talones y salió. Poco después, acompañado del veterano sargento Dikson, su vehículo rodaba hacia la residencia de Ada Oliver, la joven viuda del profesor Acey Bardot.

Ada Oliver era una mujer alta y hermosa, de cabellos castaños y ojos pardos y de muy bien ver a sus treinta años. Sus curvas eran más bien generosas, pero quedaban compensadas y en consonancia con su gran altura. Al primer golpe de vista se le adivinaba impulsiva, vehemente, nerviosa.

El agente Jean Morley lo observó nada más cambiar los primeros saludos, dándose cuenta de que las manos de la mujer no paraban, bien ofreciéndoles asiento, encendiendo un cigarrillo o, alisándose la falda. Sus grandes ojos pardos también parecían inquietos y su voz denotó disgusto al decir:

—Siéntense: les esperaba…

Jean Morley inició el tiroteo de sus preguntas, diciendo:

—¿Por qué nos esperaba, señora Bardot?

La mano de la mujer aleteó nerviosa en el aire, advirtiendo:

—Ante todo llámeme por mi nombre de soltera, teniente. ¡Ya no soy la señora Bardot!

—Por supuesto, señora. Ahora es usted su viuda.

—¡Exacto! Por lo tanto llámeme señorita Oliver. O Ada a secas, si lo prefiere.

—Bien, señorita Oliver. Aún no ha contestado a mí pregunta.

—Le diré por qué esperaba la visita de la policía: mí esposo ha sido al parecer asesinado y un amigo íntimo nuestro también.

—¿El señor Claney Turney era íntimo amigo de ustedes?

—Sí. Acey no tenía secretos para él: los dos estaban compenetrados muy bien en el trabajo.

—¿Eran tan amigos como para conocer sus disputas matrimoniales?

Ada Oliver se envaró en el sofá frente al cual estaba sentada ante los dos policías. Un mohín de disgusto se dibujó en sus labios al decir:

—Acey y yo nunca tuvimos disgustos matrimoniales.

—Lo siento, señora Bardot. ¡Oh, perdón! Señorita Oliver: pero el difunto Claney Turner no lo consideraba así.

La mujer no se amilanó, contestando con altivez:

—El hecho de que Claney me oyese alguna vez afearle a mi esposo que me abandonase por sus trabajos de investigación, no le da derecho a considerar que Acey y yo teníamos disputas.

Jean Morley tenía bien estudiado su plan de ataque y prosiguió su granizada de preguntas:

—¿Admite usted entonces que le disgustaba que su esposo la tuviese un tanto abandonada?

—Eso es de dominio público, teniente... teniente... ¿Cómo dijo que se llama?

—Morley, señora... Jean Morley.

—Pues sí, teniente Morley. Todo el mundo sabe que siempre tenía que asistir sola a las fiestas de sociedad.

—Y en una de ellas conoció al ingeniero astronáutico Joyce Wagner. ¿No es así?

Nuevo mohín de disgusto en la mujer al oír el nombre, contestando molesta:

—Vuelve a equivocarse, teniente: a Joyce le conocí mucho antes de casarme con Acey Bardot. Estudiamos juntos en la Universidad.

—Perdone mi pregunta directa, señorita Oliver: ¿pensó usted alguna vez en casarse con Joyce Wagner?

Los dos policías quedaron algo desconcertados al oírla admitir, al parecer regocijada con la idea:

—¡Oh, sí! Muchas veces. Todas las mujeres que conocen a Joy, tienen esa idea.

Jean Morley se removió molesto en el butacón, comentando:

—He visto muchas veces la fotografía del señor Wagner en la prensa y admito que es un buen mozo, pero...

—¡Es todo un hombre, teniente!

La estocada del teniente Jean Morley fue a fondo.

—¿Hasta el extremo de cometer una locura por él?

Ada Oliver respondió al golpe con otro:

—Hasta el extremo de cometer mil locuras por él, teniente.

—¿Tanto como dos asesinatos?

Ada Oliver se levantó del sofá como si la hubiese picado un áspid. Su rostro de facciones correctas estaba alterado y su voz

tembló de cólera al decir:

—Por favor, teniente Morley… ¡Les ruego que abandonen mi casa!

Jean Morley también se levantó y el sargento Dikson le imitó. Pero ambos quedaron plantados ante la mujer y el primero dijo:

—Me temo que también tendrá que salir de esta casa, señorita Oliver… Debe acompañarnos.

—¿Con qué derecho va usted a…?

—Con esta orden de detención.

Ahora había tanta alarma como sorpresa en la bella mujer, al señalarse a sí misma y preguntar:

—¿Detenida? Pero, ¿por qué? ¿Por qué, teniente?

Jean Morley estaba sacando un papel de su cartera al decir:

—¿Conoce la letra de Claney Turner? Lea lo que escribió unos segundos antes de morir asesinado. ¡Envenenado por un líquido que usted debió echar en su café mientras le hacía una intempestiva visita!

Ada Oliver leyó con los ojos desorbitados la nota que Claney Turner escribió antes de caer fulminado sobre la mesa de su desayuno, gritando al terminar:

—¡Pero esto es absurdo! ¡Claney no… no puede haber escrito esto!

—Es su letra: está comprobada por nuestros peritos calígrafos. ¿Niega que estuvo visitándole?

—¡No! ¿Por qué voy a negarlo? ¡Él mismo me telefoneó aquella mañana rogándome que fuera a su casa inmediatamente!

—¿Y no le extrañó la llamada y ese ruego?

—Sí, pero… ¡Me dijo que tenía que hablarme de algo muy urgente!

El sargento Dikson salió de su silencio al indagar:

—¿Puede demostrar que Claney Turner le hizo esa llamada, señora?

Ada Oliver se encaró con él, furiosa, acorralada:

—¿Cómo voy a demostrarlo? Estaba durmiendo cuando sonó el teléfono de mi habitación. En todo caso compete a ustedes, a la policía, registrar las llamadas.

—Permítame le recuerde una cosa, señora —se defendió el sargento Dikson—. Sólo hacemos eso en caso necesario o cuando hay algunas sospechas. Hasta que el señor Claney Turner dejó esa nota escrita, nadie podía sospechar que usted había asesinado a su esposo y que le mataría a él, por estar enterado.

—¡Yo no he asesinado a nadie, sargento! ¿Cómo podría

convencerles?

Jean Morley intervino, deseando ser conciliador, pero anunciando:

—Me temo que tendrá que convencer al fiscal, señora Bardot...

Una vez más, terriblemente enfadada, Ada Oliver le rectificó:

—¡No me llame «señora Bardot»! ¡Soy Ada Olivier!

Jean Morley sacó las esposas del bolsillo trasero del pantalón, aunque sin intención de utilizarlas, pero anunciando firmemente:

—Bien: sea como sea tendrá que acompañarnos. De usted depende evitarme la violencia de... de...

La mujer miró aterrada a las argollas de acero, pero al instante pareció recobrar la calma y pidió:

—¿Puedo telefonear a un amigo diciéndole lo que me pasa, teniente?

—Puede hacerlo. Excepto si la llamada es para Joyce Wagner.

—Es a él a quien iba a telefonear. Jean Morley se negó en redondo:

—Lo siento: pero no tema. Pronto le verá en la Central.

—¿Van a detenerle también? ¿Por qué, teniente?

—Ya ha leído la nota que dejó Claney Turner, señorita Oliver. Les acusa a los dos. Al parecer desean ustedes casarse y su esposo les estorbaba al no concederle el divorcio. Por eso usted le asesinó y posteriormente hizo lo mismo con Claney Turner al saber que él estaba enterado.

—¡Todo eso es ridículo, teniente! ¡Completamente ridículo!

—Usted misma ha confesado que sería capaz de hacer no una, sino mil locuras por Joyce Wagner.

—¡No me refería a cometer ningún asesinato! Fue una forma de decir lo mucho que le aprecio. ¡En mi vida he matado una mosca!

—¿Llama ridículo a un hombre que en los últimos instantes de su vida se esfuerza para escribir una nota acusando a los verdaderos culpables?

La nueva intervención del sargento Dikson tuvo la virtud de volver a encrespar a la mujer, que se encaró con él gritándole:

—¡Sólo Dios sabe por qué haría tal cosa! Dios y los canallas que quieren encubrir sus crímenes cargándonoslos a Joy y a mí...

—¿Qué insinúa ahora? —indagó Jean Morley.

—Que al detenernos a Joy y a mí, no sólo cometen una injusticia, sino un error garrafal que permitirá a los verdaderos asesinos burlarse de ustedes.

Severo, con toda la firmeza que solía usar, el sargento Dikson se encaró con la mujer diciendo:

—¿Sabe una cosa, señora? No he conocido a ningún asesino que a las primeras de cambio tenga la entereza de confesar su delito.

Y luego, señalando a Ada Oliver la salida, invitó enérgico:

—¡Andando, paloma!

Capítulo III

La detención de Joyce Wagner fue algo más laboriosa y accidentada.

En primer lugar, no se encontraba en su residencia particular ni en los despachos de los talleres astronáuticos que alzaban sus gigantescas instalaciones junto al río Potomac, en la orilla izquierda de la corriente que riega el Distrito Federal de Washington, donde bajo la experta dirección del famoso ingeniero, se construían la mayoría de las astronaves que estaban dando al hombre la conquista del espacio.

Al teniente Jean Morley y al sargento Dikson les dijeron que Joyce Wagner era un hombre muy ocupado, y que posiblemente tendrían que esperar varios días si querían ser recibidos.

Los dos policías presentaron sus credenciales a la rubia secretaria que les informaba y Jean Morley dijo:

—Nos recibirá, señorita. Dígale que es un asunto muy urgente, que le atañe directamente.

La muchacha hizo un mohín de disgusto por tanta insistencia, anunciando:

—¡Es que no está!

—Bien: díganos dónde podemos encontrarle.

—En la Luna.

El severo sargento Dikson arqueó las cejas, preguntando:

—¿Nos toma el pelo, rubita?

—¡Oh, no, señor! Yo nunca juego con la policía. Les dijo que Joy... Perdón: que el señor Wagner está en la Luna y es verdad. Puede confirmárselo el general Mansfield.

—Nos gustaría, señorita. Doy crédito a sus palabras porque de unos labios tan lindos no pueden salir mentiras. Pero comprenda: debemos informar de una forma concreta a nuestro jefe.

Jean Morley procuraba mostrarse amable al dirigirse a la muchacha y ella se lo agradeció conectando la pantalla del visófono, donde apareció el rostro del general Mansfield indagando con su áspera voz:

—¿Qué diablos pasa, señorita Murray? Creo recordar que di orden para que nadie me molestara.

La muchacha titubeó al decir, mirando confusa a los dos visitantes, pero dirigiendo su voz cantarina hacia la pantalla del visófono:

—Perdón, señor... Pero es que dos policías insisten en hablar con usted. Les he dicho que el señor Wagner está en la Luna y... ¡No me

creen!

La voz áspera del general Mansfield tronó;

—¡Mándelos al cuerno, señorita Murray! ¡No estoy para perder tiempo!

La muchachita rubia volvió a mirar a los dos visitantes e hizo un leve movimiento de hombros, como diciéndoles: «Ya lo oyen».

Pero Jean Morley avanzó antes de que desconectara la pantalla, para mirar la imagen del adusto general Mansfield y que el director militar de los Talleres Astronáuticos pudiera verle a él. Y su voz sonó tajante al decir:

—Es muy importante, mi general. ¡Se trata de una acusación de asesinato!

A través del cristal de la pantalla Jean Morley sintió las pupilas grises del general Mansfield clavadas en él, como si deseara taladrarle. Por una fracción de segundo no contestó, ocupado en comprender lo que le habían dicho. Pero, al fin su voz volvió a tronar, dirigiéndose al policía directamente:

—¿Cómo ha dicho, amigo? ¡Repita eso!

—Lo siento, mi general: pero se trata de una acusación de asesinato contra su flamante ingeniero Joyce Wagner. ¡Tenemos orden de detenerlo!

—¡Y un cuerno! —bramó el anciano general—. ¡Aquí mando yo y usted no detendrá a nadie! Un hombre como Joyce está muy por encima de tales acusaciones.

Jean Morley le vio respirar furioso, conteniéndose antes de soltar nuevamente el chorro de su voz:

—Si antes de cinco minutos no han abandonado el recinto de estas instalaciones. ¡Por Dios vivo que ordenaré al Ejército que los echen a patadas! ¡Fuera!

Jean Morley miró confuso al sargento Dikson y luego a la muchacha. La vio sonreír divertida y esto le animó a contestar, con la misma firmeza que su oponente:

—Allá usted, general Mansfield. No se trata de enfrentar a sus soldados con la policía. Pero transmitiré su negativa a mi jefe, Dean Masson.

Contra lo que esperaba, la voz del general se dulcificó algo al indagar:

—¿Qué dice usted de Dean? ¿Él les dio esa orden de detención contra el jefe de mis ingenieros?

—Así es, señor. ¿Quiere verla?

El general Mansfield pareció olvidarse de los dos policías, para dirigirse de nuevo a la rubia secretaria, ordenándole:

—Señorita Murray. ¡Traiga a mi despacho a esos dos sabuesos!

La pantalla osciló. El general Mansfield había desconectado y ía muchacha hizo lo mismo levantándose e indicándoles, siempre divertida y sonriente:

—Por aquí, señores «sabuesos»... ¿Quieren seguirme?

El sargento Dikson sujetó por un brazo a la muchachita rubia, advirtiéndole mientras agitaba el índice de su otra mano ante sus respingonas naricillas:

—Escuche bien esto, rubita: el .general Mansfield puede tomarse el lujo de llamarnos «sabuesos», pero una muñeca como usted no. ¿Queda claro?

—Está bien, amigo. ¿Pero quiere soltar mi brazo? ¡Me lo partirá!

Instantes después, en el amplio despacho del general Mansfield, tras presentar su credencial, la orden de detención de su jefe y la nota escrita por Claney Turner segundos antes de morir envenenado, Jean Morley le puso al comente de todo al jefe militar de los Talleres Astronáuticos.

El anciano militar miró una y otra vez aquellos papeles y al fin exclamó:

—Me cuesta creer una cosa así: Joy no es hombre capaz de cometer un crimen, por mucho que quiera a una mujer. Además de que...

Miró alternativamente al teniente Jean Morley y al sargento Dikson y, muy perplejo, preguntó:

—Oigan. ¿Quién ha inventado esa majadería de que Joy está enamorado de la viuda del profesor Acey Bardot?

El teniente señaló a los papeles que tenía el viejo general en sus manos e insistió:

—Ya leyó la nota escrita por Claney Turner, mi general. Ahí dice que ella le pedía el divorcio y él se negaba. Y la viuda admite que siempre ha estado enamorada de su ingeniero jefe, señor.

El general le devolvió los papeles, murmurando molesto con él mismo:

—Todo esto resulta ridículo. Me cuesta creer que Joy sea un desaprensivo que juega con dos barajas. Yo tengo entendido que... ¡Esperen un momento!

La mano del general conectó nuevamente el visófono, preguntando a la rubia secretaria cuando su lindo rostro apareció en la pantalla:

—Oiga, señorita Murray. ¿No quería casarse Joyce Wagner con usted?

Desde el ángulo donde estaba Jean Morley vio esquinado el

rostro de la muchachita responder, con un gesto de alarma:

—¡Claro que sí, general Mansfield! ¿Acaso esos señores lo ponen en duda? ¿Qué tengo que ver con todo esto? Y…

El dedo del general desconectó el aparato sin darle más tiempo a la muchacha, diciendo encarándose con sus visitantes:

—Ya lo han oído: Sandra Murray, la secretaria particular de Joyce Wagner, va a casarse con mi ingeniero jefe. Así es que esa porquería de que estaba de acuerdo con Ada Oliver para «despachar» a su marido y luego casarse con ella, no son nada más que figuraciones suyas, amigos míos.

El jefe de la Policía Federal de Washington hacía bien en confiar en el teniente Jean Morley. Era un hombre de carácter firme y a los argumentos del viejo y enérgico general opuso los suyos, terminando por decir:

—Todo eso puede ser cierto, señor. Pero no le resta importancia a esta acusación formal que escribió un hombre antes de morir asesinado. Mi deber es detener a Joyce Wagner,.. ¡Y lo haré!

—¡De acuerdo! —rugió el general Mansfield—. Pues ya sabe donde está. ¡Vayan ustedes a buscarle a la Luna! Y ahora déjenme en paz de una condenada vez. ¡Tengo mucho que hacer!

Los dos policías se retiraban ya, cuando con el índice señalándoles el general gritó:

—Pero no olviden decirle a ese cabezota de Dean Masson que tomaré cartas en el asunto. ¡No consentiré que meta entre rejas a mi mejor hombre!

* * *

Al pasar por el antedespacho donde coquetamente la rubia secretaria Sandra Murray se arreglaba los dorados cabellos, Jean Morley y el sargento Dikson volvieron la cabeza al oírle decir:

—¿Qué, amigos? Van ustedes a buscar a Joy a la Luna?

Malhumorado, Jean Morley contestó:

—Si es preciso iremos a buscarlo al mismo infierno, rubita.

—Les recomiendo que viajen en la nave número 109. ¡Es de lo mejorcito que ha salido del caletre de mi novio!

Ya en la puerta, señalando a la muchacha rubia pero mirando a su jefe, el sargento Dikson comentó:

—¿Se ha fijado, teniente? La rubita parece que se divierte tomándonos la cabellera. Por lo visto ignora que su querido novio ya no podrá idear más planos para astronaves. En los años que pase en la cárcel tendrá que dedicar su ingenio a resolver crucigramas.

Antes de cerrar la puerta, significativamente, se pasó el índice

por el cuello y aún añadió:

—¡Eso si le dejan la cabeza sobre los hombros!

Cerró con precipitación porque un pisapapeles habría hecho blanco en él, arrojado con furor desde la mesa por Sandra Murray.

Por el pasillo alcanzó al teniente que musitaba:

—Necesitamos un telégrafo, sargento. Hay que informar al jefe que nuestro hombre está en la Luna.

—¡Bah! No hay prisa. Seguro que transmite órdenes para que sea detenido allí y nos lo sirvan en bandeja.

Pero la sorpresa fue para los dos cuando, tras entrar en comunicación con Dean Masson, ni corto ni perezoso éste les ordenó:

—¡Pues vayan a la Luna a por el pájaro! ¡Le quiero cuanto antes aquí!

—Pero, jefe… Yo… el sargento…

—¡He dicho que a la Luna, Morley! ¿No ha entendido bien?

—Sí, señor. ¡Usted manda!

Y Jean Morley colgó, casi desprendiendo el aparato de la pared al colocar el auricular.

Capítulo IV

Joyce Wagner puso en marcha el acondicionador de aire para regular la temperatura, Era preciso hacerlo así para mantener la atmósfera ambiente equivalente al de la Tierra, pero le extrañó que el mecanismo automático no hubiese funcionado por él mismo.

Seguramente se debía a algún fallo técnico y conectó también el dictáfono hablando:

—Yal… ¿Qué pasa con mi acondicionador del aire? El automático parece que no funciona. ¿Quieres decir que le echen un vistazo?

Una voz amistosa le respondió:

—Ahora mismo, Joy. Cuestión de minutos.

El joven ingeniero siguió trabajando. Desde la última vez que estuvo allí, en la Luna, las cosas parecían que habían sido bastante abandonadas. Cinco de las astronaves que hacían el viaje regular a la Tierra cada semana no funcionaban: otras dos tenían serias averías y la de emergencia, la que debía ser utilizada en el caso de que las otras fallaran, estaba siendo sometida a un intenso trabajo en aquel ir y venir del planeta al satélite natural, sin tiempo casi para que las pilas atómicas de sus motores fueran recargadas.

Los viajes eran miles de veces más cortos que los que otras naves efectuaban a los distintos planetas del Sistema Solar y el material relativamente nuevo. Sacando la astronave número 109 que era de reciente fabricación, las otras apenas tenían cinco años de servicio. Sin embargo, según todos aquellos informes que estaba revisando, se diría que necesitaban ciertos recambios con suma urgencia.

Al acercarse Yal Reale a la puerta ésta se abrió por sí sola y en silencio el joven ingeniero Joyce Wagner le vio plantado allí acompañado del mecanico. Saludó al operario y luego se encaró con el amigo:

—¿Qué pasa aquí, Yal? ¡No se puede renovar la flota cada cinco años!

Antes de contestar Yal Reale informó al mecánico:

—Es el acondicionador del aire. El automático parece que no funciona.

—Lo arreglaré en pocos minutos —dijo el hombre.

Joyce Wagner volvió a mirar al amigó e insistió, al ver que no le había contestado:

—¿Me has oído, Yal?

Percibió un mudo gesto en el otro con el cual le pedía que esperase. Le vio señalar al operario, que estaba manipulando en los

mecanismos, y le extrañó que reclamase su silencio llevándose el índice a los labios.

El mecánico terminó y dijo:

—Ya está, señor Reale.

—¿Qué era, Mike?

—¡Esto!

Las manos rudas del mecánico mostraban entre el dedo pulgar y el índice una pequeña pieza que él había renovado. Los tres hombres la examinaron atentamente y luego se miraron entre sí. El primero en hablar fue el propio Joyce Wagner, preguntándole al mecánico:

—¿Cree cierto lo que está pensando, Mike?

—Estoy seguro, señor Wagner. ¡Esta válvula ha sido limada! Exactamente como la que le cambié el otro día en el acondicionador de sus habitaciones particulares.

Extrañamente, Yal Reale palmeó las recias espaldas del operario y comentó, risueño y no deseando darle importancia al asunto:

—Está bien, Mike. Ya hablaremos de eso más tarde. ¿Quieres dejarnos solos?

—Como usted diga, señor Reale. ¡Pero todo esto me escama!

El hombre saludó al joven ingeniero y Joyce Wagner devolvió el cumplido con un gesto de la mano. Cuando quedaron solos se encaró con Yal Reale, ya nervioso.

—Esta bien, Yal. ¡Suéltalo ya!

—Lo que me gustaría soltar es el nombre del canalla que está intentando asesinarte. ¡Con ésta ya son tres!

—¿Tres, Yal? La avería del acondicionador del aire en mis habitaciones, cuando llegué, y ésta misma, creo que son casuales, fortuitas... ¡No preparadas!

Yal Reale le miraba de hito en hito y Joyce Wagner prosiguió:

—Y, aun admitiendo que alguien me tenga la suficiente antipatía para desear que muera asfixiado, serían dos: la otra y ésta.

—¡Ah, sí! ¿Y qué me dice del café?

Esta vez si que le miró ingenuamente Joyce Wagner:

—¿Qué café? ¿A qué te refieres, Yal?

—El otro día, nada más que aterrizaste en la plataforma 15 salí a recibirte, porque me enteré que eras tú el que llegaba. Al pasar por la cámara 20 le dije a Sherlok que preparase café y lo llevase a mis habitaciones para darte la bienvenida...

—Perdona, Yal: recuerda que en la Cámara 32 nos encontramos a Sergio y nos pusimos a hablar. Tenía un problema con unas turbinas agarrotadas.

—¡Eso te salvó!
—¿A mí?
—Sí, Joy, a ti ¡A ti! El pobre Sherlok vio que no llegábamos y se bebió el café. ¡Está muerto!
—¡Diantre, Yal! ¡No lo sabía! ¿Por qué no me has dicho nada?
—No quería preocuparte. Y además, hasta hoy no he estado seguro de que murió envenenado. Un ataque al corazón: pero el doctor Silvir le hizo la autopsia y cree haber encontrado en su estómago residuos de un líquido que le agarrotaron los nervios cardíacos.
—Despacio, Yal. ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Crees firmemente que alguien de aquí desea eliminarme?
—¿Qué dices de esa válvula limada que nos ha enseñado Mike? Si confiado en el automático del renovador del aire sigues trabajando y no te das cuenta, en pocos minutos habrías perdido el conocimiento. Y luego... ¡Zas!
Serio, reconcentrándose, el joven ingeniero astronáutico no pudo sino admitir:
—Estoy empezando a creerte, Yal. Ese mecánico dijo que en mis habitaciones particulares el otro día reparó una avería «exactamente» igual.
Fue hacia el cuadro de mandos de la mesa para pulsar un botón, añadiendo:
—¡Voy a dar parte al superintendente!
—Yo que tú no lo haría, Joy —le aconsejó el amigo.
La mano sobre el pulsador, pero sin accionar el botón, Joyce Wagner se volvió con rapidez hacia él:
—¿Por qué no, Yal?
—Tú apenas vienes por aquí e ignoras muchas cosas, Joy. El superintendente y el gobernador ahora son uña y carne.
—¿Sí? Antes se llevaban a matar. Hasta el Gobierno Galáxico les llamó la atención porque se restaban autoridad el uno al otro.
—Ahora es distinto. ¡Son muy amigos!
Joyce Wagner meneó la cabeza como deseando sacudirse un mal pensamiento, mientras musitaba:
—De todas formas, resulta una solemne majadería pensar que alguno de los dos tienen algo que ver en esto. Si a Pierre Uri le puso el Gobierno Galáxico al frente de la colonia que hay aquí, y nombró a Denison superintendente de Seguridad, no sé por qué van a tener algo que ver con mis atentados.
Por toda contestación, Yal Reale recordó:
—Antes, cuando estaba el mecánico aquí, me hiciste una

pregunta, Joy.

—Sí, Yal: te preguntaba qué diablos ocurre con las astronaves. Están sufriendo unas averías y unos desgastes, impropios del uso que se hace de ellas. Hace dos meses estuve en Júpiter y la flota destinada allí se hallaba en perfectas condiciones. Recuerdo bien que el general Mansfield firmó las dos órdenes juntas cuando se renovó el material de la Luna y aquel planeta. ¡Y calcula tú la diferencia de distancia que tienen que recorrer unas y otras!

Con una sonrisa que deseaba ser burlona, Yal Reale intrigó al amigo al comentar:

—Es posible que las que están destinadas aquí hagan doble distancia y por eso están más desgastadas y se averíen más. ¡Es posible, Joy!

—Déjate de misterios y habla claro de una vez, Yal.

—De acuerdo: tú me lo pides y yo lo hago. ¡Y hasta con mucho gusto! Hace tiempo que tengo ganas de soltar a alguien todo lo que veo y voy almacenando. ¿Sabes que he pedido el traslado cinco veces y Pierre Uri no ha cursado mis peticiones?

—Te necesita: él es el Gobernador de esta colonia y sabe los hombres que precisa.

—¡Narices! Sé que le hago poca gracia, pero no me deja salir de aquí. ¡Hace cinco años que mi piel no puede tomar el sol! Cuando salimos al exterior, siempre tenemos que estar metidos en esos condenados trajes espaciales. ¿Cuándo se van a convencer que esto es un mundo dormido, muerto?

—De la Luna sacamos muchas materias primas, Yal. Debemos seguir su explotación.

—¡Pues que renueven el personal de vez en cuando!

A Joyce Wagner le sabía mal. Hacía años que conocía a Yal Reale y le consideraba un buen amigo. Pero creyó conveniente recordárselo, para calmarle:

—Aquí destinaron a los expedientados, Yal. Tú cometiste una falta y la estás purgando. Pero no te puedes quejar: tienes un buen puesto, te consideran y dentro de poco… ¡A la Tierra otra vez!

—¡Un cuerno! Mientras esté Pierre Uri de gobernador, no saldré de estos endemoniados túneles.

—Son muy confortables y tenéis toda clase de comodidades. Pero vamos a lo que interesa. ¿Por qué crees que Pierre Uri no te dejará salir de aquí?

—Porque sé muchas cosas. Tengo oídos y he ido observando.

—Suéltalo de una vez, Yal. ¿Qué tienes contra Pierre Uri?

—¡Es un canalla! ¡Un tipo sin sentimientos humanos! ¡Deberías

ver cómo ordena tratar a los condenados que trabajan en los nuevos túneles!

—Es una cuestión suya, Yal. No me meteré yo en problemas de disciplina. Por otra parte, ya sabes cómo suele ser esa gente. Cien años atrás, las leyes les habrían mandado a todos a la cámara de gas o la silla eléctrica!

—¡Ya no estamos en el año 2000, Joy! ¡Eso pasó a la historia!

—Sigue con Pierre Uri. ¿Qué más tienes contra él?

—Se trae ciertos manejos misteriosos. Creo que está trasladando condenados a otros planetas.

Esta vez, Joyce Wagner exclamó:

—Eso no lo puede hacer. Su jurisdicción empieza y termina aquí, en la Luna.

Haciendo un fácil juego de palabras, malhumorado, Yal Reale comentó:

—Creo que los que estáis en la Luna sois vosotros, los de la Tierra.

—Vayamos por partes, Yal. ¿En qué te fundas para decir que Pierre Uri está trasladando a algunos condenados a otros planetas? ¿No comprendes que eso no es posible? De hacerlo tendría que notificarlo al Gobierno Galáxico.

—Y ¿si no lo hace?

—Donde fueran recibidos, el Gobernador tendría que notificarlo. ¿Con qué objeto se iban a poner los dos de acuerdo?

—Eso no lo sé, pero me consta que en este último año se ha llevado a más de cinco mil. En las galerías 310 y 311 los trabajos se han abandonado por falta de personal. Esto me lo dijo Sherlok, que era el encargado de los suministros.

—¿Estás seguro, Yal?

Yal Reale pareció dudar ante la pregunta directa y metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, como si pretendiera extraer de allí sus ideas empezó a hurgar, diciendo:

—Bueno… No estoy absolutamente seguro, Joy. ¡Ya te digo que obra de una manera muy misteriosa!

—¿Qué entiendes por eso?

Nuevas dudas antes de contestar:

—Verás, Joy. Cuando alguien muere, aquí no se le entierra..

—¿Ah, no? ¿Qué hacéis con él, Yal? ¿Os lo coméis?

—¡Estoy hablando en serio! —exclamó ofendido Yal Reale.

—Si es así, procura decir algo sensato, muchacho.

—¡Es cierto! Pierre Uri ordena amontonar los cadáveres en una de las naves y a los pocos días regresa sin ellos.

—Y ¿qué hace con ellos? ¿Los arroja al espacio para que se desintegren solitos? Hay mucha fantasía en todo lo que me cuentas, Yal. De obrar así, el superintendente se opondría: Denison no es hombre que acepte irregularidades y aquí está a cargo de la Seguridad.

—Te digo que Pierre Uri le ha convencido para que acepte todo lo que le ordena. Desde que le trajo a su hija Annie los dos están a partir un piñón. Y creo que…

—¡Un momento, Yal! ¿Has dicho que Pierre Uri trajo a la hija de Denison aquí, a la Luna?

—Sí, eso he dicho. ¿Qué hay de raro en ello, Joy? Aquí ya hay más de treinta mil mujeres.

—No es eso lo que me extraña, Yal. ¡Es otra cosa!

—¿Cuál, Joy?

—¡Que la hija de Denison murió hace más de dos años!

Yal Reale miró al amigo burlón, comentando:

—El que está diciendo sandeces ahora eres tú, Jo. Yo conozco bien a Annie y no hace tres semanas estuve bailando con ella en una gran fiesta que dimos en la Galería número 1. Fue con motivo de la boda del doctor Silvir con su enfermera, la señorita Evdokia.

—¡Te digo que es imposible, Yal! La hija de Denison murió hace dos años en Florida. Precisamente yo estaba allí con una chica que era amiga de Annie y vimos cómo se ahogaba la muchacha. ¡Asistí a su entierro precisamente por eso, porque Sandra Murray era amiga de Annie!

—¿Te refieres a tu secretaría particular?

—¡Sí! ¡A Sandra!

Yal Reale sacó las manos de los bolsillos y dio una palmada, exclamando:

—¡Ésta sí que es buena! Cuando quieras puedes hablar con Annie. Su padre la ha puesto al frente del Departamento de Estadísticas. Está en la Galería 96, a unas cinco horas de viaje de aquí. Denison no ve con malos ojos que galantee a su hija y le puedo pedir un vehículo para que nos lleve allí.

—Me gustaría mucho ir, pero tengo trabajo, Yal. ¡Me espera un montón de informes sobre esa mesa!

Siguiendo su aire festivo, para incitarle, Yal Reale preguntó:

—¿Y por esos papeluchos vas a privarte del placer de saludar a una resucitada, querido Joy?

—No estoy para bromas. ¡Te repito que asistí al entierro de Annie! La muchacha que Pierre Uri le trajo a Denison no será la misma. ¡Hay cosas que son materialmente imposibles!

—De acuerdo: me pagas una buena cena si la muchacha que te presento es Annie, la hija de Denison. ¿Vale?

—Vale, Yal. ¡Puedes pedir ese vehículo para que nos traslade a la Galería 96!

Y, postergando el trabajo pendiente en vista de todo lo que habían estado hablando, el joven ingeniero astronáutico amontonó los informes que debía examinar y los dejó encerrados en la caja fuerte.

Minutos después, utilizando un vehículo que por el monocarril les transportaba a velocidad de vértigo por las galerías, los dos continuaron hablando de todo aquello cada vez más animadamente.

Capítulo V

El comedor estaba muy animado, con todas las mesas ocupadas. Pero Yal Reale se acercó al jefe de los camareros y le susurró al oído que estaba esperando a la señorita Annie Denison, la hija del jefe de Seguridad.

Joyce Wagner vio como les preparaban una mesa y al instante uno de los mozos puso tres cubiertos sobre ella. Les dieron la carta y acampanando la voz para que pudiera oírle bien Yal Reale empezó a elegir:

—Crema de langosta, filetes de lenguado a la «Minier» y dos buenas escalopas de ternera, con patatitas doradas. De postre traiga fruta variada y un buen helado de tres pisos.

El camarero tosió discretamente, antes de advertir:

—Perdón, señor; pero las langostas y el lenguado han variado de precio en los últimos días. Ya sabe el señor, con esto del transporte, pues...

Yal Reale miró picaronamente al serio Joyce Wagner, aceptando:

—¡Ah! Comprendo... comprendo. Pero no importa. ¡Hoy paga mi amigo!

Ya solos, mientras esperaban a Annie Denison a la cual Yal había enviado un recado, Joyce Wagner comentó:

—Estás muy seguro que pagaré yo, Yal. ¿Sabes que eso puede costarte un mes de paga?

—Corro el riesgo si la muchacha que te presento no es la hija de nuestro «querido» jefe de Seguridad.

Volvió la cabeza al oír un ligero taconeo femenino que al instante identificó, exclamando:

—¡Ahí viene!

Annie Denison avanzaba por entre las mesas hacia ellos, saludando a derecha e izquierda a los conocidos. Era una mujer realmente atractiva, alta y espigada, sin haber cumplido aún los veintitrés años. Tenía los ojos y los cabellos muy negros, enmarcando el óvalo perfecto de su rostro fino y aristocrático con un ligero rictus de tristeza en sus labios que intentaban sonreír.

Joyce Wagner no tuvo que esforzarse en recordar: aquella muchacha era la misma que él había conocido casualmente en las playas de Florida haría unos dos años, cuando pasó unos días de vacaciones con su querida secretaria Sandra Murray, que fue quien se la presentó. Mientras Annie Denison avanzaba hacía ellos guiada por el complaciente camarero, fugazmente, recordó la tragedia de aquellos días: la hija de Denison había estado practicando esquí

acuático y tuvo la mala suerte de golpearse en una de sus evoluciones con una boya. Perdió el conocimiento y cuando lograron sacarla ya estaba ahogada. Sobre la frente un hilillo de sangre indicaba la herida y luego vino el sencillo funeral, la ceremonia religiosa y el entierro.

Todo lo recordaba fácilmente y Annie Denison no era de las mujeres que se olvidan una vez se las ha visto.

Por eso, antes que estuviera ante ellos Joyce Wagner se levantó y susurró al satisfecho Yale Reale que no dejaba de observarle:

—Tú ganas. ¡Yo pago la comida!

El amigo no contestó porque en aquel instante extendía su mano para estrechar la de la muchacha. Mutuamente se sonrieron y el joven ingeniero pensó para sí:

—«Creo que están enamorados».

Dejó de pensar al oír la voz de Yale Reale, presentándole:

—Mi buen amigo Joyce Wagner. ¡El mejor ingeniero astronáutico de todos los tiempos!

Al entrar su mano en contacto con la fina piel de la mujer, Joyce comentó:

—Yal es muy amable: pero creo que ya nos conocemos. ¿Verdad, señorita Denison?

Los ojos negros de la muchacha parpadearon levemente, pero al encontrar los ojos del hombre cubrió las pupilas con el largo velo de sus pestañas. Sus mejillas adquirieron un tono rosado de rubor y su voz sonó muy débil al negar:

—No, señor Wagner. Creo que… creo que me confunde con otra. Yo nunca he estado en Florida y…

Guardó silencio al ver la mirada de extrañeza en los ojos de Yal Reale y adivinar una chispita de malicia divertida en los de su acompañante Joyce Wagner, que se apresuró a preguntar:

—¿Cómo dice, señorita Denison?

—¡Oh, no! ¡Nada! ¡Nada, señor Wagner! —se excusó ella.

Se sentaron. Pero los tres se notaban violentos.

Joyce Wagner quiso romper la tensión y olisqueando satisfecho la crema de langosta que les servía el camarero soltó el pullazo al amigo:

—Hiciste bien en elegir, Yal… ¡Me encanta la crema de langosta! Sobre todo cuando me invitan…

La muchacha les miró a los dos sin comprender y Joyce quiso remachar su triunfo:

—Antes dijo usted algo de Florida, señorita Denison. ¿De veras no se ha bañado en aquellas playas?

La contestación resultaba demasiado precipitada para oler a sincera:

—¡Oh, no! Soy una tonta. No sé por qué le dije antes eso. Quizá… quizá intuí que me lo iba a preguntar usted, señor Wagner.

—¡Fina intuición, señorita Denison! —insistió el hombre—. Míreme fijamente a los ojos a ver si adivina por quién voy a preguntarle ahora.

Annie Denison se turbó aún más. Sus mejillas adquirieron un tinte marcadamente rosado, parpadeó nerviosamente y se excusó, toda su atención al parecer en el plato:

—No crea que soy adivina, señor Wagner… ¡Realmente esta crema está riquísima!

Se volvió hacia el serio Yal Reale para felicitarle por la elección del menú, cuando a su izquierda volvió a sonar aquella voz de Joyce Wagner que tenía la virtud de ponerla nerviosa:

—Pues iba a preguntarle si hace mucho que no ve a su buena amiga Sandra…

Era preciso contestar y la mujer giró la cabeza hacia él, fulminándole con la mirada de sus ojos negros.

—¿Sandra?… No sé a quién se refiere, señor Wagner.

—Pues a Sandra Murray… ¡Mi secretaria!

—¡No la conozco!

—¡Lástima! Es una chica excelente y se llevaría muy bien con ella. Una vez, precisamente en Florida se ahogó una buena amiga suya y fue digno de verse con qué delicadeza y atención se cuidó de todo. Lo recuerdo perfectamente porque tuve que hacerle a Sandra un préstamo para aquel entierro inesperado.

Visiblemente molesta, Annie Denison dejó de comer mirándole fijamente al preguntar:

—¿Por qué me cuenta usted todo eso, señor Wagner? No creo que sea de muy buen gusto hablar de entierros mientras se come. ¡Me ha hecho perder usted el apetito!

Se levantó indignada, dejando la servilleta sobre la mesa y al ver que se disponía a retirarse, Joyce Wagner intentó retenerla:

—Le pido mil excusas, Annie. No creí que pudiera molestarla.

—Señorita Denison para usted, señor ingeniero —rectificó con prontitud la muchacha—. ¡No nos conocemos de nada!

Yal Reale creyó conveniente intervenir:

—Por favor, Annie… Joy no ha querido disgustarte. Le conozco bien y sé que es incapaz de… de…

—Lo siento, Yal: pero ya me conoces. A veces me pongo muy nerviosa y tú no tienes la culpa si tu amigo me resulta antipático.

Joyce Wagner se molestó también y esto le hizo repetir el ataque:

—Una vez tuve una amiga que se dio un golpe en la frente y desde entonces por la menor cosa se excitaba. Veo que usted tiene también una pequeña cicatriz ahí y posiblemente sea eso lo que...

—¡Basta, señor Wagner! El que sea un amigo de Yal no le autoriza a molestarme. Esta cicatriz me la hice siendo muy niña y a usted no le importa si el golpe afectó o no mi sistema nervioso.

Le miró de arriba a abajo olímpicamente antes de retirarse, preguntándole:

—¿Por qué no se pregunta si es su presencia lo que me irrita? Le aseguro que nunca me han gustado los hombres guapos y tan seguros de sí mismos como usted. ¡Me dan grima!

Joyce Wagner sonrió divertido, sin molestarse:

—No puedo decir lo mismo de usted, Annie. Su presencia me recuerda unos días deliciosos de vacaciones en...

—En Florida, ¿verdad, señor Wagner?

—Sí... ¡Precisamente en Florida!

—Pues yo le repito que jamás he estado allí. Y si toda esta comedia es para hacerle ver a Yal que me conoció y que no soy una chica muy recomendable, le aseguro que pierde el tiempo con sus intrigas. Yal me conoce lo suficiente para saber la clase de mujer que soy y le considero con el suficiente criterio propio para que no influya en él todo lo que usted se invente y pueda contarle. ¡Buenas tardes!

Se alejó taconeando con brio y Yal Reale, echando manos a la cartera reconoció deportivamente:

—Pago yo la comida, Joy. ¡Que me aspen si no es cierto que conociste a Annie en Florida!

—¡Claro que es ella, Yal! ¡La misma! Tú dijiste en broma que me perdería el placer de hablar con una resucitada... ¡Y resultó verdad!

—¡Alto el carro, Joy! Admito que Annie mienta por cualquier motivo; pero que no la viste muerta y asististe a su entierro. ¿Es que no has visto lo viva que está? ¡Es un manojo de nervios!

—Pues te digo que es la misma y que la vi enterrar. Cuando la sacaron del agua estaba bien muerta y Sandra se hartó de llorar. ¡Menudos días aquellos hasta que se terminó todo! ¿Crees que puedo olvidar que me chafó nuestras vacaciones?

En aquel instante dos hombres uniformados avanzaban por el comedor directamente hacia su mesa. Pertenecían al Cuerpo de Seguridad y al llegar a su altura uno de ellos dijo, sacando unas esposas:

—¿El señor Joyce Wagner, amigo?

Los dos amigos se miraron y Joyce acertó a decir:

—Sí, agente. ¿Qué diablos pasa?

—¡Queda usted detenido! Hay una doble acusación de asesinato contra usted. ¡Andando!

Capítulo VI

Joyce Wagner miró al jefe de la Seguridad y pidió:

—Señor Denison. ¡Exijo una explicación de todo esto!

No fue Denison quien le contestó, sino un hombre joven que estaba junto a otro más bajito y rechoncho quien respondió:

—Usted ya no puede exigir nada, señor Wagner. Regresará con nosotros a la Tierra.

—¿Quién es usted? —quiso saber el joven ingeniero.

—Jean Morley, teniente de la Policía Federal de Washington, en donde se han cometido dos asesinatos con los cuales tiene usted algo que ver.

Joyce Wagner le miró fijamente antes de indagar:

—¿Está loco, amigo? ¿Quién me acusa?

—Claney Turner, el que fue director, por muy pocos días por cierto, del Laboratorio Central de Washington.

—Me gustará que sostenga ante mí eso, teniente.

Esta vez, fue el sargento Dikson quien contestó:

—No será posible. Claney Turner también ha sido asesinado.

—¡Vaya! Y ¿cómo puede acusarme un muerto?

—Lo sabrá a su tiempo. ¿No le dice nada el nombre de Ada Oliver?

El acusado no se inmutó al admitir:

—Claro que me dice: Ada Oliver es una de mis mejores amigas. Hace muchos años que nos conocemos.

—Podrán seguir su amistad en la cárcel. Ella le espera allí.

Irritado, sintiendo que al moverse las esposas lastimaban sus muñecas, Joyce Wagner gritó:

—¿También han detenido a Ada? Pero ¿por qué? ¿Es que están todos locos?

—Asesinó a su marido, el profesor Acey Bardot.

—¡Eso es ridículo! ¡Ada es incapaz de matar una mosca!

—Eso nos dijo, pero... ¡Ya, ya!

El teniente Jean Morley se dirigió al señor Denison que no había despegado los labios y le pidió, ofreciéndole un papel:

—Firme la extradición, señor Denison. Regresamos en el próximo viaje.

El jefe de la policía de la Luna firmó y sólo cuando entregó el volante a Jean Morley despegó los finos labios para decir:

—Lo siento, señor Wagner. Pero que sea usted el mejor ingeniero astronáutico no le libra a usted de sus enredos particulares.

Hizo una pausa antes de añadir, saliendo tras la mesa de su despacho:

—Por cierto que mi hija me ha dicho que se portó usted con ella muy groseramente. ¿Es que esconde usted acaso una doble personalidad?

Furioso, recordando el incidente con Annie Denison, Joyce bramó:

—Eso pregúnteselo usted a su propia hija. Resulta que la conocí en Florida y lo niega: allí la vi morir y ahora me la encuentro aquí. ¡Y me gustaría saber qué se oculta tras todo esto!

Denison hizo una muda seña al teniente Jean Morley y al sargento Dikson, indicándoles:

—Pueden llevárselo. Vayan ustedes a saber si un exceso de trabajo le ha vuelto loco. ¡Jamás pensé que el ingeniero Joyce Wagner tuviera madera de asesino! ¡Fuera de aquí!

Quedó en un calabozo hasta la hora de emprender el viaje de regreso a la tierra y probó fortuna pidiéndole a uno de sus vigilantes:

—¿Puedo hablar con mi buen amigo Yal Reale? La contestación fue descorazonadora:

—No. Está usted incomunicado, amigo.

Se sentó en el camastro y esperó, fumando nerviosemente: al registrarle le habían quitado el encendedor y tenía que pedir a los guardianes que le prendieran los cigarrillos por entre las rejas de un ventanuco. No quería molestarles más ni tener tratos con ellos y por eso los encendía unos con otros.

Le picaba la garganta y le ardía la cabeza de tanto darle vueltas al asunto y pensar. No encontraba explicación a la doble acusación de asesinato que decían pendía sobre él. El teniente Jean Morley, algo más amable y asequible que el sargento Dikson, le había explicado las cosas por encima. Pero no llegaba a entender por qué Claney Turner, un hombre al que ni había conocido personalmente, había tenido la humorada de acusarle a él y a Ada Oliver en aquel papel al sentirse morir.

«¿Un loco?», pensó.

Siempre le quedaba el recurso de la poderosa influencia del viejo general Mansfield, el jefe militar de los Talleres Astronáuticos de Washington que venía distinguiéndole con su sincero aprecio; pero por lo visto la cosa era «gorda» cuando no había podido parar el primer golpe.

Seguramente todo se aclararía cuando llegase a la Tierra. No tenía necesidad de inventar ninguna coartada porque podía

demostrar dónde había estado cada minuto, desde el fatídico día en que cayó asesinado al tomar su desayuno el profesor Acey Bardot en el Laboratorio. De la muerte similar de su ayudante Claney Turner no se había enterado, al no leer los periódicos por estar ocupado en la preparación de su viaje de inspección a la Luna: pero de todos modos también le mezclaban en aquello.

«Por lo visto creen que soy lo que los legalistas llaman el coautor de los crímenes y que Ada asesinó a su marido para quedar libre y poder casarse conmigo. ¡Es ridículo! Yo nunca he estado enamorado de Ada. ¿De dónde sacaría ese loco de Claney Turner que nos queríamos casar?»

Había para desesperarse, pero Joyce Wagner era un hombre de nervios bien templados. Lo mejor era esperar los acontecimientos y no pensar por ahora en todo aquel enredo.

Pero quedaba el «otro»: lo que le había contado Yal Reale sobre el Gobernador de la Luna. Y también le quedaba por averiguar por qué razón le habían intentado matar tres veces desde que llegó en su último viaje de inspección.

¿Qué había querido decirle Yal al contarle que Pierre Uri se llevaba a los desterrados que cumplían sus condenas trabajando en las galerías que se construían en la Luna? ¿Por qué le dijo que allí no se enterraba a los muertos y que los cadáveres eran transportados en una nave espacial no sabía dónde?

Y, luego, para colmo de complicaciones y quebraderos de cabeza, la inexplicable aparición de la bonita Annie Denison allí, en la Luna junto a su padre, cuando él estaba bien seguro de haberla visto morir y enterrar en Florida.

¿Tenía alguna relación la llegada de Annie con la reciente amistad entre el Gobernador Pierre Uri y el jefe de la seguridad Denison? Antes siempre se habían llevado como el perro y el gato. Incluso un periodista, en un viaje que hizo a la Luna regresó a la Tierra y publicó una graciosa caricatura que ilustraba su jocoso artículo. Joyce Wagner recordaba que a Pierre Uri le pintó como un enorme perro «Bulldog» gruñéndole a un esmirriado gato siamés que representaba a Denison, con un texto que decía: «Sí, sí… Tú gobierna y grita. ¡Pero yo te vigilo!».

Y los políticos de la Tierra, haciéndose eco de todo esto, afirmaban que una razonable pugna entre los poderes de los hombres que regían las colonias terrestres en todos los planetas del Sistema Solar, en todos los satélites y en todas las estaciones espaciales intermedias, convenía al Gobierno de la Galaxia para que nunca un dictador improvisado surgiera entre ellos.

Pero ahora resultaba que, según el relato que le hizo Yal Reale, extrañamente desde la llegada de Annie Denison el gobernador y el jefe de la Seguridad estaban a partir un piñón. Eran íntimos amigos y mutuamente uno secundaba las órdenes del otro.

Sí, cada vez que Joyce Wagner le daba más vueltas al asunto, encontraba que su buen amigo Yal Reale tenía razón.

¡En la Luna estaba pasando algo muy extraño! Paseó nervioso por la reducida celda y dio una patada a la funda vacía de los cigarrillos:

—¡Maldita sea! Y ahora yo encerrado como un criminal cualquiera. ¡Tiene gracia todo esto!

El centinela le oyó rezongar y se acercó al ventanuco enrejado:

—¿Le pasa algo, amigo?

Joyce no quería pensar más y para entretenerse prendió conversación con el hombre:

—¿Por qué le destinaron a usted aquí, amigo? —quiso saber.

El hombrecillo pareció dudar, pero al fin dijo, quizá tan aburrido como su prisionero:

—¡Bah! Cosas que pasan en la vida. Yo era vigilante en una prisión de Marruecos, pero un día se me fue la mano.

—¿Se le fue la mano? No entiendo.

—Sí… Estábamos interrogando a un prisionero, le di un cachete y el muy imbécil se cayó al suelo. Tuve la mala suerte de que se golpeó la nuca y… ¡Al infierno!

—¡Vaya! Creí que era usted un hombrecito inofensivo.

—¡Y lo soy! —protestó el vigilante—. Pero tuve mala suerte. ¡Eso es todo!

—¿Le queda mucho?

—No. Medio año. Ya llevo dos y medio aquí.

—¿Qué me dice de los condenados? De los que irabajan en los túneles y las galerías.

—Que son escoria. Le ruego que no nos compare con ellos.

—¡Hombre, no! Usted sólo tuvo mala suerte, por lo que dice.

—Así fue. Esos tipos que trabajan en los túneles y abren las galerías convirtiendo a la Luna en una pelota hueca, son gente de mala ralea. La mayoría ya cumplieron varias condenas en la Tierra y al final han venido a dar con sus podridos huesos aquí. ¡Lo están purgando!

—¿Por qué dice eso?

—¡Bah! Por nada: pero los pobres diablos trabajan de firme.

Miró más fijamente al prisionero a través de los barrotes del ventanuco y para darle «ánimos» comentó:

—A usted a lo peor le traen también aquí. ¡Dicen que se cargó a dos tipos! Eso si no le jeringan allá abajo, en la Tierra.

Joyce Wagner no tenía ganas de discutir y admitió, encogiéndose de hombros:

—¡Pisch! Pudiera ser. También he tenido mala suerte.

—¡Ya, ya! Ese sargento Dikson dice que mató a dos peces gordos.

El joven ingeniero ya seguía la conversación con desgana y volvió a admitir, como excusa:

—Fue por «amor». Quería casarme con la esposa de uno de ellos y el marido me estorbaba. Ella le puso un veneno en el desayuno.

—¡Valiente pájara! —comentó el hombrecillo, sacudiendo los dedos—. Es una suerte que no pueda casarse con ella y le hayan atrapado. Un día se cansaba también de usted y... ¡A jeringarse!

Aquel tipo si que le estaba «jeringando» a él, pero por inercia quiso saber, preguntándole:

—¡Oiga, amigo! ¿En caso de que me enviaran a cumplir mi condena aquí, ¿a dónde me destinarían?

—A sacar azufre: en las galerías 310 y 311.

—Un amigo mío, jefe de los talleres de reparación de las astronaves, me ha dicho que esas galerías están abandonadas.

—Durante unos meses nadie trabajó allí. Pero eso fue después de la epidemia. ¡Los pobrecillos cayeron como chinches!

—Cuatro o cinco mil, ¿no?

—¡Más, muchos más, amigo! Los había de todas las edades y colores. Blancos, negros, mulatos, chinos, japoneses muy amarillos y hasta esquimales. Estos últimos eran los que lo pasaban peor, siempre encerrados en las galerías, con una temperatura media de veinte grados. Uno hasta le hizo una poesía a la nieve. ¡Estaba como un grillo de loco!

Había llevado la conversación por donde le interesaba y volvió a preguntar, recordando las sospechas de Yal Reale:

—¿Dónde enterraron a tantos muertos?

—No lo sé fijamente: los suben hasta las plataformas y los meten en las naves. Luego se los llevan y creo que los entierran en el Cráter de la Muerte, en la otra cara de la Luna. Ya sabe, esa que nunca se ha podido ver desde la Tierra y que sigue aún sin explorar. Yo sé todo esto porque estuve unos meses de vigilante en esas galerías. Paga doble y dos días de descanso por uno de trabajo, señor...

—No está mal.

—¡Toma! Peor era en Marruecos. Estuve dos años en pleno

Sahara vigilando a unos tipejos pequeñajos que se empeñaban en decir eran marcianos. Luego se averiguó que era una tribu de pigmeos algo fantasiosos.

—¿Siempre se ha dedicado a vigilar a los hombres, a ser guardián?

—Es mi oficio: ¿qué quiere que haga? ¿Usted no construye naves espaciales? Pues yo hago lo mío y en paz.

Se sintió solidario por aquella charla y ofreció, al ver que el prisionero había terminado el tabaco:

—¿Quiere un pitillo, joven?

—Sea, amigo. Y gracias por la conversación.

Capítulo VII

El general Mansfield pulsó todos los resortes y su joven amigo Joyce Wagner fue tratado con todo respeto y consideración, contribuyendo también mucho su propio prestigio de gran ingeniero astronáutico.

Pero la acusación era firme, tenía todo el peso de la confesión de un hombre que en los últimos segundos de su vida desea que se castigue a los verdaderos culpables y, por otra parte, la extraña actitud de Ada Oliver había venido a complicar más las cosas.

Desde su celda de la Prisión Federal de Washington había llamado al Fiscal para hacer nuevas declaraciones. En ellas se manifestaba culpable del doble asesinato de su esposo Acey Bardot y de Claney Turner, aunque se excusaba diciendo que todo lo había hecho por amor.

Amaba locamente al joven ingeniero Joyce Wagner desde los tiempos de la Universidad, cuando los dos estudiaban juntos, y aunque ella había contraído matrimonio por despecho con el profesor Acey Bardot, confesaba que jamás dejó de perder la esperanza de unir su vida a la del hombre del cual seguía enamorada.

Estas declaraciones no favorecían en nada a Joyce Wagner, ya que la nota escrita por uno de los hombres asesinados terminaba diciendo que «Ada Oliver había obrado así aconsejada por Joyce Wagner», porque los dos querían casarse una vez ella estuviera libre.

Fue en vano que el ingeniero negase toda complicidad en el asunto, pidiendo una entrevista con la propia Ada Oliver. Ella mejor que nadie podía negar que sus relaciones fueran de tipo amorosas ni que jamás habían salido fuera del cauce de la más sincera amistad.

El fiscal consideró que, al ver las cosas perdidas, Joyce deseaba zafarse, precisamente apoyándose en aquel loco amor que sentía la acusada por él. Seguramente le exigiría el sacrificio de su vida, haciéndole confesar a Ada Oliver que él nada había tenido que ver ni jamás le había aconsejado se librase de su marido.

—Es una astuta jugada a la que no contribuiré yo —comentó el fiscal.

Joyce Wagner estaba desesperado y consideraba la partida perdida, viéndose mezclado en un enredo del cual no alcanzaba a comprender los motivos.

Era dar vueltas y más vueltas a un círculo vicioso del cual no lograba salir. No comprendía por qué Claney Turner, un hombre al

que jamás había conocido ni tenido tratos directos ni indirectos con él, en su nota póstuma unos segundos antes de morir le acusaba. Tampoco llegaba a comprender por qué Ada Oliver, su mejor amiga desde la infancia, se empeñaba en asegurar que estaba enamorada de él. En unas relaciones amistosas de tantos años, Joyce Wagner nunca había podido observar el menor detalle en ella para sospechar tal cosa.

Ahora tenía que reconocer que jamás había llegado a conocer bien a Ada Oliver.

También estaban los tres atentados contra su vida sufridos en la Luna en su último viaje de inspección. Pero a esto, como jefe de la Policía Federal de Washington, el tozudo Dean Masson se había limitado a decir:

—No es cosa nuestra, ni que esté relacionada con el caso. Es posible que sólo fueran simples accidentes. Fortuitas averías en la conducción del aire acondicionado que allí es preciso utilizar.

Joyce Wagner creyó tener una idea luminosa y desde su celda exclamó:

—¡El café! Un amigo mío llamado Yal Reale le hizo preparar café a un tal Sherlok para darme la bienvenida cuando aterricé en la Luna. Nos entretuvimos en la Cámara 32 hablando con otro amigo llamado Sergio y al ver que no llegábamos y el café se enfriaba, Sherlok se bebió el de mi taza. Sufrió un ataque cardíaco al poco y murió. A instancias de mi amigo Yal Reale el doctor Silvir le hizo la autopsia y parece ser que también encontró residuos de ese mismo líquido que causó la muerte aquí a Acey Bardot y Claney Turner. ¿Llaman a esto también una coincidencia, un puro accidente?

El hombre que tomó su declaración se encogió de hombros y dijo:

—La Luna está muy lejos, señor Wagner, Todo eso que dice pudo pasar o no. Sería preciso hablar con ese doctor Silvir, desenterrar el cadáver de ese criado que murió al beber el café preparado para usted y hacerle una nueva autopsia.

—¡Pues háganlo, diantres! —gritó el detenido—. Mi amigo Yal Reale les dirá dónde está enterrado ese hombre, si es que no vale su palabra o la del doctor Silvir. ¡Todo menos condenarme injustamente!

—Le aseguro que…

—Diga al director de la prisión que deseo enviar un mensaje al general Mansfield. ¡Tiene que buscarme un buen abogado!

El deseo de Joyce Wagner se cumplió y hasta consiguió la

libertad provisional, pero bajo pena de ser encerrado nuevamente si salía de Washington. Con el apoyo del enérgico y activo general Mansfield también consiguió que una comisión viajase a la Luna para realizar todas aquellas averiguaciones.

Y entonces fue cuando estalló la bomba…

La tumba del criado Sherlok estaba vacía. Allí no había ningún cadáver.

Otro dato sospechoso: el doctor Silvir había muerto, al parecer de una embolia cerebral. Pero se buscó su cadáver y tampoco se le pudo encontrar.

La comisión enviada por el general Mansfield conferenció con el Gobernador de la Luna, y Pierre Uri les dio toda clase de facilidades. Pero ni aun con su colaboración oficial fue posible averiguar qué había sido de los dos cuerpos que ahora se buscaban.

Sencillamente, habían sido robados de su tumba.

Esto entrañaba un misterio y el caso fue tomando proporciones. Máxime cuando al requerir los de la comisión que fuera llamado Yal Reale, se le notificó que, desgraciadamente, también había muerto…

Claude Remy, el hombre que presidía la comisión formada por orden del general Mansfield, creyó conveniente decirle al Gobernador de la Luna:

—Y todo esto ocurre delante de ustedes sin enterarse. ¿Cree su Excelencia que será posible saber dónde fue enterrado Yal Reale?

—Supongo que en el Cementerio general, señor Remy. No tenía ningún familiar aquí, pero la hija del jefe de la Seguridad parecía estar interesada por él. Pueden preguntarle, porque con toda seguridad ella se habrá cuidado de su entierro.

Annie Denison fue requerida ante la comisión y la muchacha indicó la tumba del Cementerio general donde había orado tras el sencillo entierro de Yal Reale. Los ánimos estaban recelosos y el que presidía la comisión ordenó a unos obreros:

—¡Abran esa tumba, por favor!

Annie Denison quiso oponerse, pero fue preciso cumplir la orden de Claude Remy que esgrimió ante el mismo gobernador Pierre Uri sus poderes como enviado del Gobierno Galáxico.

¡Y aquella tumba también estaba vacía!

El cuerpo de Yal Reale también había sido robado.

La pregunta de uno de ios componentes de la comisión resultó punzante para las autoridades de la Luna:

—¿Debemos suponer que aquí son robados todos los cadáveres?

Como jefe de la policía y de la Seguridad, Denison creyó oportuno defenderse de la alusión:

—Nunca hemos puesto vigilancia en los cementerios. Se presupone que dos factores principales guardan ya de por sí a los muertos: el debido respeto a los difuntos y la inutilidad de robar sus cuerpos.

Pero Claude Remy respondió:

—Pues a la vista está que esos dos factores no bastan, señor Denison. ¡Desde ahora serán vigilados los cementerios!

El hombre que había herido con su comentario la susceptibilidad del jefe de la Seguridad, volvió a intervenir para indicar al presidente de la comisión:

—Creo que antes sería más oportuno examinar todas las tumbas, señor Remy. La desaparición de tres cadáveres es más que suficiente para empezar a sospechar en un caso general. ¿Qué le parece si empezamos ahora mismo?

Fueron requeridos más obreros y una por una todas las tumbas del cementerio general fueron abiertas.

Todas estaban vacías. ¡Los cadáveres habían desaparecido!

Como presidente de la comisión enviada, Claude Remy consideró que antes de seguir investigando sobre aquello, debía pedir nuevas instrucciones a la Tierra. Las comunicaciones directas por radio estaban controladas por el Gobernador Pierre Uri y le requirió en tal sentido.

La contestación de Pierre Uri les dejo alarmados:

—Lo sentimos mucho, señor Remy. ¡No es posible!

Los veinte hombres que formaban la comisión quedaron boquiabiertos y al fin Claude Remy acertó a decir, lleno de recelos:

—Perdón, Excelencia, ¿in… sinúa que no nos deja comunicar con la Tierra? ¿Que… que somos sus prisioneros?

Pierre Uri se echó a reír complacientemente, excusándose:

—¡Oh, no, señor Remy! ¡Nada de eso! Ustedes pueden regresar a la Tierra cuando quieran. Su nave está preparada para el viaje en todo momento.

—Pero, entonces, ¿por qué no nos permite utilizar la radio?

—Sencillamente, porque una «casual» avería nos ha dejado sin comunicaciones. Y me temo que, a juzgar por la magnitud de la avería, tardaremos mucho en poder restablecerlas.

Claude Remy se retiró a las habitaciones que les habían destinado con el resto de la comisión y allí, entre ellos tuvieron una larga y acalorada discusión, considerando todos los puntos de lo que estaba sucediendo. Muchos opinaron que aquello escapaba de sus atribuciones y que lo mejor era regresar a la Tierra, ahora que aún tenían el permiso del gobernador Pierre Uri para hacerlo.

Temían que, si seguían investigando, llegarían a un punto en el que sus propias vidas peligrarían.

Claude Remy intentó calmar los ánimos de sus compañeros:

—Caballeros: Me temo que de no seguir investigando esto, el general Mansfield tendrá derecho a llamarnos cobardes a nuestro regreso. Hasta ahora sólo podemos presentarle un informe incompleto.

Uno de ellos, muy excitado y recordándoles antes que tenía mujer y cinco hijos, terminó por objetar:

—No es un informe completo, señor Remy. En realidad se nos envió para que investigáramos sobre la muerte de un tal Sherlok. Bien. Comprobamos que su cadáver había sido robado de la tumba donde debía estar. Esto nos llevó a preguntar por el doctor Silvir y ocurrió lo mismo. Pero las cosas se han ido enlazando de tal manera que hemos llegado a comprobar que aquí, en la Luna, todo el que es enterrado, más tarde desaparece de su tumba. Considero que una cosa de tal magnitud escapa a nuestras atribuciones y que es en la Tierra donde deben decidir qué diablos se hace al tropezar con una cosa así.

Vio la vacilación en los ojos de sus compañeros y quiso rematar su triunfo proponiéndoles:

—¿Por qué no lo sometemos a votación?. Los que quieran regresar a la Tierra que alcen el brazo, los que opinen como el señor Remy…

Fue una total derrota para Claude Remy: sólo su brazo y el de dos más quedaron sin alzarse. El hombre que había hecho la proposición se encaró con él con aire de triunfo:

—Regresamos, señor Remy.

El presidente de la comisión tuvo que aceptar, resignado:

—Bien. Creo que ustedes tienen razón. Con su voto unánime me han demostrado una cosa. Esto rebasa, no nuestras atribuciones, sino nuestra capacidad y nuestra valentía para enfrentarnos con un problema que no nos atrevemos a investigar más. Pero mucho me temo que tenga mucha más importancia de la que parece.

Otro de los componentes de la comisión, como excusa y ante las palabras del presidente objetó:

—Reconozca una cosa, señor Remy: prácticamente estamos solos e indefensos ante una misteriosa confabulación de las autoridades de la Luna, pues es imposible imaginarse un saqueo general de todas las tumbas para robar sus cadáveres, sin que esas autoridades se hayan enterado.

El hombre hizo una estudiada pausa mirando a todos sus

compañeros, antes de proseguir:

—Por lo tanto, si ahora tenemos la oportunidad de poder llevar estos informes a la Tierra, aunque sean incompletos como dice el señor Remy, ya es algo. En la Tierra enviarán una comisión más nutrida, si ello es preciso bien escoltada y protegida para que sin ningún peligro pueda llegar al fondo de todo esto.

Horas después, la gigantesca astronave que había llevado a la Luna la comisión presidida por Claude Remy, despegaba propulsada por el potente chorro de sus motores y emprendía el viaje de regreso a la Tierra.

Atrás dejaba la misteriosa desaparición de todos los cadáveres que habían sido enterrados en la Luna.

Capítulo VIII

Nerviosa, excitada, sintiendo crecer su enfado hacía Joyce Wagner que había venido a visitarla nada más ser puesto en libertad provisional, Sandra Murray daba suelta a sus celos diciendo:

—Pudiste decirme que esa Ada Oliver estaba tan enamorada de ti y que tú alimentabas sus esperanzas.

El joven ingeniero estaba muy cansado por la agitación de aquellos días y por todo lo que le había venido sucediendo. No tenía ganas de discutir, pero ante el reproche contestó también irritado:

—Todo eso son bobadas, Sandra. Ni yo he alimentado nunca las esperanzas de Ada Oliver, ni ella ha estado jamás enamorada de mí.

—¿Entonces, por qué lo dice?

—No lo sé, cariño, no lo sé. ¡En todo esto hay algo que escapa a mi comprensión! ¡Y aún dudo que Ada asesinase a su marido!

—¡Sí! ¡Eso! ¡Defiéndela encima!

—No la defiendo, Sandra: pero conozco muy bien a Ada para pensar que ha sido capaz de una cosa así. Admito que no estuviera muy enamorada de su esposo; pero me consta que le respetaba y le quería. Siempre decía que Acey Bardot era un santo.

—Sí, claro. ¡Y por eso ella le envió directamente al cielo!

Joyce Wagner miró a la muchacha rubia molesto:

—Es un comentario de mal gusto, cariño. Y ¿es que vamos a discutir nosotros ahora? Vamos, Sandra: ven aquí y...

—¡No, Joy! —le rechazó ella—. Perdona, pero no estoy para arrumacos. ¡Tengo los nervios de punta!

—Enfocas mal las cosas, Sandra. Aun admitiendo que Ada sea la asesina de su esposo y de Claney Turner, yo no tengo ninguna culpa.

—Ella ha afirmado en su declaración que mató a su marido para ser libre y poder casarse contigo. Y al otro porque se enteró de lo que había hecho con su esposo.

—Incluso así. ¿Qué vela toco yo en ese entierro?

—La nota que dejó escrita ese Claney Turner lo dice bien claro: el que incitó a esa loca al crimen.

Joyce Wagner se levantó molesto y arrojó con fuerza el cigarrillo sobre el cenicero. Las palabras de Sandra Murray eran insultantes y exclamó:

—¡Basta, Sandra! Si de veras crees una cosa así, deberías arrojarme de tu casa.

La muchacha le miró entre el velo de lágrimas que nublaban su

vista:

—No puedo hacerlo, Joy. Aún… aún te quiero.

—¿Entonces?

—Estoy llena de dudas. ¿Es que no puedes comprenderme?

—Y ¿tú a mí, Sandra? ¿Me comprendes? ¿Cómo crees que se siente un hombre que se ve metido hasta el cuello en todo esto, sin saber al menos por qué?

Paseó nervioso, sintiéndose cada vez más irritado. Ahora que estaba libre quería hablar personalmente con el general Mansfield, pero antes debía aclarar la postura de Sandra Murray hacia él.

Amaba a aquella mujer con todas las fuerzas de su corazón. Con todas las ansias de su cuerpo y su cerebro. Sandra Murray había llegado a ser parte de su vida y no podía, no quería renunciar a ella.

Y mucho menos por algo totalmente ajeno a los dos. Por algo en lo que él era inocente.

Volvió a quedar con los brazos extendidos hacia ella, suplicando:

—Sandra. Sabes cómo te quiero y lo que significas para mí. Al menos dame el consuelo de tu confianza y tu comprensión. ¡Créeme que lo necesito mucho! ¡Más que nada, cariño!

La muchacha corrió hacia él y se refugió en aquellos brazos viriles. Pero no le ofreció como en otras ocasiones sus jugosos labios. Su cabeza quedó apoyada en el ancho pecho del hombre y allí, agitado todo su cuerpo por las convulsiones del llanto, dejó que él peinara los sedosos cabellos rubios con sus manos.

—Todo pasará, Sandra —volvió a musitar el hombre—. Esto es como una pesadilla que tendrá su final. Volveremos a reír, a ser felices, a sentirnos identificados como antes. Repito que ahora sólo necesito tu confianza en mí. Me irrita que puedas pensar por un momento que Ada y yo teníamos relaciones secretas. Y mucho más que dudes sobre si yo le daba consejos para que asesinara a su marido.

—Pero, esa nota… Lo que dicen… —balbuceó la mujer.

—¡Al diablo esa nota escrita por Claney Turner al sentirse morir y todo lo que digan, Sandra! Aquí, lo que realmente importa somos tú y yo. ¡Tú y yo solamente!

—Sí, Joy. ¡Tú y yo!

—Claro, cariño. Demos tiempo al tiempo y todo se aclarará, hay un montón de cosas que por raros caminos creo que están mezcladas con esto y tengo mucho interés en dejarlas en su punto. Pero para eso necesito ánimos. ¡Y esos ánimos vienen de la fuente de tu cariño, Sandra!

La mujer se rindió y esta vez sí le ofreció los labios.

Los dos sintieron la caricia tibia, dulce y embriagadora y se entreagron a ella con todas las potencias de su ser.

Poco después, Joyce Wagner se despedía y, antes de salir, prometió desde la puerta:

—Esta noche volveré, cariño. Tengo que hablar largo y tendido con el general Mansfield, para intentar aclarar varios puntos, ¡Hasta luego, amor mío!

—No faltes, mi amor —suplicó ella.

* * *

El viejo general miró a su joven ingeniero jefe y suspiró, jugueteando sus dedos con la pipa:

—En buen lío estás metido, Joy. ¿Oíste el último boletín de noticias?

—No, señor: estuve visitando a Sandra.

—¡Pobre muchacha! —volvió a suspirar el anciano militar—. Tuve que darle unos días de descanso, para que se reponga del disgusto. Todo esto la ha afectado mucho.

Joyce Wagner quiso soslayar aquel problema que le laceraba y preguntó:

—¿Qué dijo el último boletín de noticias, señor?

El general Mansfield pareció salir de su momentáneo abatimiento, para recuperar su tono enérgico al recomendar:

—Agárrate bien, Joy. ¡Vas a necesitarlo!

—Por favor, general… ¡Hable ya!

—Pues ahí va, muchacho. ¡Ada Oliver se ha suicidado!

Joyce Wagner dio un bote sobre la butaca de cuero en la cual estaba sentado, no acertando nada más que a negar:

—¡Noo!

—Así es, Joy. La encontraron en su celda muerta. Al parecer un ataque cardíaco.

—¡Un momento, general Mansfield! Acaba de decir que se ha suicidado, y si fue un ataque cardíaco…

—Es que, tras hacerle la autopsia, se han encontrado residuos de un veneno en su estómago. Ese líquido le agarrotó los nervios del corazón y…

—¡Lo mismo! ¡Lo mismo que a los otros! —exclamó el joven ingeniero.

—¿Qué dices, Joy?

—¡Que no ha sido un suicidio, general! ¡Ha sido otro asesinato! ¡La han matado!

—Cálmate, Joy: admito que existen coincidencias, pero…

—¡Estoy seguro! Su esposo Acey Bardot y Claney Turner murieron de igual modo.

Ada Oliver admitió en sus últimas declaraciones haberlos matado así. Ella bien pudo conservar un poco de ese veneno en sus ropas y, desesperada…

—De acuerdo: admitamos que eso es posible, señor. ¡Pero en la Luna, a cuatrocientos mil kilómetros de aquí, un hombre fue asesinado de igual modo el día que yo llegué allí en mi último viaje de inspección! ¡Y ese veneno estaba destinado para mí!

—¿Te refieres a ese criado llamado Sherlok, del cual me hablaste?

—¡Exacto! También le hablé de todos los recelos de mi amigo Yal Reale. Él cree que…

—Creía, Joy… ¡Ya no puede creer nada! Joyce Wagner volvió a dar otro respingo, esta vez levantándose, sin comprender del todo:

—¿Qué pasa, general Mansfield? ¿Qué intenta decirme sobre Yal?

—Que ha muerto, muchacho. Aquí tengo todos los informes de la comisión que envié a la Luna para investigar la muerte de ese criado Sherlok. ¡Las sorpresas desagradables se han ido multiplicando!

La mano del general Mansfield señalaba unos papeles que descansaban sobre la mesa de su despacho.

Joyce Wagner se acercó para coger los documentos, empezando a leer:

—«Informe de la Comisión presidida por Claude Remy».

La voz del anciano general Mansfield le interrumpió desde el sillón frontal al que había estado sentado el joven ingeniero:

—Ahórrate el trabajo, Joy. Ese Claude Remy es un buen hombre, pero llena siempre sus informes de tecnicismos y palabras huecas. Para decir una cosa emplea mil rodeos, aunque siempre con el afán de informar bien.

Joyce Wagner volvió con todos aquellos papeles al asiento de cuero frente al viejo general y éste dijo:

—En pocas palabras te contaré los resultados de esa comisión. ¡Realmente es algo increíble!

Lo hizo así sin omitir ninguno de los importantes detalles que había visto la comisión de Claude Remy en la Luna y al terminar, con voz cansada remató:

—…y eso es todo, Joy. ¿Qué te parece?

—Que es mucho, mí general. Si la muerte del criado Sherlok no fue casual, la del doctor Silvir y la de mi amigo Yal Reale, mucho

menos. ¡También les han asesinado!

—¿Pero quién, muchacho? ¿Quién? —pareció protestar el militar.

—No lo sé, general Mansfield: pero intuyo que tras todo esto se oculta algo realmente monstruoso. Eso de profanar las tumbas, robar los cadáveres y hacerlos desaparecer, huele muy mal, señor.

De pronto tuvo una idea repentina en su afán por relacionar las cosas que le ocurrían con lo que la comisión de Claude Remy había descubierto en la Luna y dijo, como para él mismo:

—Me gustaría saber si el cadáver del marido de Ada sigue aún en su tumba.

El anciano militar aceptó la idea exclamando:

—¡No es mala idea, Joy! Ordenaré que lo averigüen.

Se levantó y al hacerlo su viejo reuma se puso de manifiesto. Lo consiguió al segundo intento y logró llegar hasta la mesa. Allí accionó el visófono y cuando en la pantalla apareció el rostro de la secretaria que sustituía a Sandra Murray, la voz cansada del general Mansfield rogó:

—Por favor, Tina: localíceme al Director General de Sanidad y póngame en comunicación directa con con él. ¡Es muy urgente!

La voz cantarína de la muchacha llegó hasta el sentado Joyce Wagner:

—Sí, general Mansfield. Lo intentaré.

Cuando el general volvió a estar sentado frente al joven ingeniero astronáutico, Joyce Wagner le preguntó, agitando levemente los informes de Claude Remy ante él:

—Lo enviaré para su estudio al Gobierno Galáxico. Son ellos los que toman decisiones en casos tan serios como estos. Y mucho me temo que el puesto del Gobernador y jefe de Seguridad de la Luna peligren.

—Opino como usted, señor: ese Pierre Uri y Denison son muy sospechosos. ¿Se há logrado establecer comunicación directa con la Luna?

—Todavía no. Pero el Secretario de Defensa ha enviado toda una División para allí para cualquier caso de emergencia.

—Una División es poco, mi general —opinó Joyce Wagner.

—No lo creas, Joy: van provistos de armas atómicas y en caso de que ese Pierre Uri y Denison estén tramando algo, la intervención de esta División será decisiva. En ningún planeta ni satélite del Sistema Solar hay armas nucleares: es una prudente medida que el Gobierno Galáxico tomó hace tiempo.

Joyce Wagner estuvo a punto de contarle al viejo militar la gran

sorpresa que recibió cuando en la Luna su buen amigo Yal Reale le presentó a Annie Denison, la hija del jefe de Seguridad a la que él y Sandra Murray habían visto morir ahogada dos años atrás en una de las playas de Florida: pero consideró que si bien podía estar aquel caso relacionado con todo lo que estaba ocurriendo, nada adelantaría habiéndole de ello al cansado general Mansfield. Debido a su alto puesto en los Talleres Astronáuticos, aquel anciano ya tenía suficientes quebraderos de cabeza y aquello, en el fondo era un dato suelto.

Un dato suelto, pero que Joyce Wagner estaba seguro correspondía a una de las piezas de aquel rompecabezas.

Por la cuenta que le tenía y por la forma en que se había visto mezclado en ello, a Joyce Wagner le interesaba mucho desenredar todo aquello. Por eso solicitó de su jefe:

—¿Podría hacerme el favor de darme también a mí unas vacaciones, general Mansfield? Le confieso que ahora no sería capaz de trabajar en ningún plano ni proyecto. Mi puesto podría ocuparlo momentáneamente Cotten y…

—Ya he pensado en eso, Joy. Durante los días que has estado detenido, Cotten se hizo cargo de todo.

—Es un gran muchacho y tiene buena voluntad, señor.

Socarrón para quitarle solemnidad a todo lo que había estado tratando, el anciano militar preguntó, viendo que el joven ingeniero se levantaba:

—¿No tienes miedo de que Cotten te quite el puesto?

—No, señor. Lo único que me preocupa por ahora es todo lo que está pasando. Y en todo caso, Si Cotten se gana mi puesto sea en buena hora. ¡Somos buenos amigos!

—¿Dónde vas ahora, Joy?

—A mí casa, a darme una buena ducha, a descansar un rato y luego prometí a Sandra cenar con ella. En el fondo, general Mansfield, sólo cuando se pierde durante algunos días la libertad, llega uno a apreciar lo que vale.

—Ya le eché la caballería a Dean Masson por tu injusta detención. Pero me contestó muy digno que, como jefe de la Policía Federal de Washington, no hizo más que cumplir con su obligación.

Los dos hombres se estrecharon las manos mirándose franca y amistosamente a los ojos y el joven preguntó el anciano:

—¿Le molestará si le llamo para saber si el cadáver de Acey Bardot sigue en su tumba, señor?

—Puedes hacerlo, Joy: en cuanto consiga el permiso del Director General de Sanidad y sepamos algo, te lo diré. ¡Creo que yo mismo

iré a ver si el cuerpo del esposo de Ada Oliver sigue descansando en su fosa!

—Hasta entonces, general Mansfield.

—Hasta que quieras, Joy. ¡Y procura descansar! Te hace falta, muchacho.

Capítulo IX

Dejó las últimas instalaciones de los Talleres Astronáuticos a la izquierda, enfiló por la autopista número dos directamente hacia Washington y al segundo cruce, al mirar por el retrovisor y tener que frenar un poco, creyó observar que otro vehículo seguía al suyo.

Joyce Wagner se fijó más detenidamente y vio que era un último modelo color guinda, con motor a reacción muy capaz de adelantar al suyo. Pero, aunque él aminoró la marcha colocando el automático, el vehículo que venía detrás del suyo debió hacer lo mismo:

«O me está siguiendo alguien o yo estoy obsesionado y me lo figuro», pensó.

Decidió parar del todo y hacerse a un lado de la autopista: el vehículo sospechoso pareció vacilar, pero al poco pasó como una exhalación ante él perdiéndose al poco en la cinta de la carretera. Joyce Wagner respiró hondo y más tranquilo y reanudó la marcha, pero torciendo por la Avenida Kennedy aunque tuviera que dar un gran rodeo para llegar a su casa.

Al bajar frente a su residencia vio otra vez al vehículo color guinda estacionado entre otros en uno de los aparcamientos. Molesto, avanzó decidido hacia él y antes de llegar comprobó que estaba vacío. Entre la gente que pasaba era muy difícil identificar a los propietarios del vehículo color guinda. Se encogió de hombros y dos minutos después subía en el ascensor hacia su apartamiento.

El chico del ascensor le sonrió como otras veces y al quedar solos en el trigésimo noveno piso le susurró, confidencial:

—No hace mucho, una señorita me preguntó por usted.

Había picardía en los ojillos del muchacho, que añadió, guiñando uno:

—¡Era muy guapa, señor Wagner!

Joyce Wagner prefirió adoptar una actitud confidencial en vez de extrañeza y preguntó, también bajito:

—¿Cómo era? ¿Rubia o morena?

—Castaña, señor: con unos grandes ojos pardos. ¡Y muy elegante!

Joy Wagner tuvo una idea que al instante rechazó: «¡Ada Oliver!», pensó.

Pero su lógica le dijo que no podía ser, de ninguna de las maneras, su antigua amiga de estudios en la Universidad: Ada Oliver, la esposa del asesinado profesor Acey Bardoy, hacía ya unos

días que estaba en la cárcel federal de Washington. Y ahora, por lo que había informado el general Mansfield, con toda seguridad después de morir asesinada o suicidarse, estaría sobre el frío mármol del depósito penitenciario.

Todo lo más, si se habían dado mucha prisa, enterrada ya en el cementerio del penal.

Pero también pensó que debía contestar al muchacho del ascensor y al llegar a su planta, tras darle una buena propina con gesto amistoso, habló en voz alta:

—Conque castaña, con ojazos pardos y muy elegante, ¿verdad?

—Sí, señor. Y algo nerviosa, parecía.

—¿Qué hiciste cuando te preguntó por mí?

—La subí hasta aquí, señor. Le indiqué la puerta de su apartamiento.

—Bien hecho, muchacho. Siento no haber estado en casa.

—Ella también parecía sentirlo mucho, cuando la recogí en otro viaje. Me dijo que le llamaría por teléfono.

—Gracias. Voy por si lo hace ahora mismo.

—Gracias a usted, señor Wagner. ¡Buenas noches!

* * *

En la ducha, dejando que el agua fría tonificara su cuerpo, Joyce Wagner volvió a pensar:

«Castaña, con ojos pardos y muy elegante… ¿Quién puede ser y qué diablos quiere esa mujer de mí?»

El teléfono sonó cuando se disponía a dormir un poco, tras tomar un bocado. Lo confundió primero con el despertador, que lo había colocado en hora para no hacer tarde a la cita que tenía con Sandra Murray en casa de la muchacha. Al fin se incorporó y preguntó con desgana:

—Joyce Wagner. ¿Quién es?

Una voz muy conocida le llegó al tímpano a través del auricular, dejándole helada la sangre:

—Soy yo. ¿No me conoces, Joy? Ada Oliver.

Tragó saliva antes de poder volver a hablar, cruzándole mil pensamientos por la cabeza:

—Sí, claro, Ada… ¡Claro que conozco tu voz! ¿Qué quieres y desde dónde me llamas?

La inconfundible voz de Ada Oliver llegaba nítida y clara a su oído:

—Te llamo desde una cabina pública, Joy. ¡Necesito hablarte!

Él también necesitaba hablar con Ada Oliver. Llevaba días

deseando hacerlo y cuando le informó el general Mansfield que había muerto, sintió que nunca más volvería a hacerlo.

Sin embargo, ahora...

Tenía mil preguntas en la punta de la lengua, pero sólo acertó a decir:

—¿Has venido no hace mucho a mi casa, Ada?

—Sí, Joy: el chico del ascensor me dijo que no estabas.

Joyce Wagner se pasó la mano libre del auricular por los ojos y soltó la pregunta que creía más lógica:

—¿Cómo es que te han soltado, Ada? ¿Cómo es que andas libre por ahí?

La respuesta no fue lógica y le confundió todavía más:

—No me han soltado, Joy. Ellos... ellos creen que sigo allí.

—¿Allí? ¿Dónde diablos es allí, Ada, por favor?

La voz de la mujer tardó algo más en llegar, hasta decir:

—En el cementerio. Enterrada en el cementerio.

Joyce Wagner sintió frío en la espina dorsal. Pero también sintió furor y, agarrando con las dos manos el auricular, gritó, irritado:

—¡No estoy para bromas de mal gusto, Ada! ¡Somos amigos de muchos años y me enorgullecía de ello! ¡Pero últimamente debes estar loca de remate! ¿Sabes que me has metido en un buen lío? Y ahora... Ahora me dices que no te han soltado de la cárcel, pero qué estás libre, llamándome desde una cabina telefónica pública. Y añades que «ellos creen que sigues allí». ¡Enterrada en un cementerio! ¿Quieres explicarme de una condenada vez todo lo que significa esto? ¿Es que es cierto que te suicidaste, o te asesinaron, que has estado muerta?

Nueva pausa en la voz de la mujer, hasta que llegó casi como un tenue susurro una afirmación que aún encrespó más a su ya irritado comunicante:

—Sí, Joy. He estado muerta. He estado enterrada y ahora... ahora...

—¡Basta de sandeces, Ada! Dime dónde estás y voy para allí.

—En la bifurcación de Lincoln Street y Park Avenida: tras un kiosko de periódicos y revistas que hay. Junto hay una cabina telefónica. ¡Pero no debo esperarte aquí!

—¿Por qué no?

—¡Pueden reconocerme, Joy! Nadie debe saber que he resucitado.

Sentándose en la cama revuelta, con el auricular pegado materialmente al oído, Joyce Wagner abrió mucho la boca al exclamar:

—¿Cómo? ¿Que has resucitado?

—Ya te lo explicaré luego todo, Joy. ¿Recuerdas dónde nos veíamos antes de que me casara con el pobre Acey?

—Sí, Ada. ¡Lo recuerdo perfectamente!

—Pues te espero allí. ¡No faltes, por favor!

El «clik» del teléfono le anunció que Ada Oliver había colgado.

Bueno: Ada Oliver… ¿O un fantasma?

Porque el perplejo Joyce Wagner, en pijama y sentado en la cama, todavía sin colgar el teléfono, quedó tan confuso, tan anonadado y helado que no se sentía capaz de reaccionar.

Fue al quedar así, con el auricular descolgado, cuando comprendió que aquella extraña conversación telefónica había sido escuchada por alguien más que él. Nerviosamente aplicó otra vez el auricular al oído y pudo escuchar una voz pastosa e impersonal que comentaba con otros:

—Hicimos bien en interceptar el teléfono de ese pájaro, jefe. Ha tenido una conversación muy rara con una chica llamada también Ada. ¡Al parecer le quiere gastar una broma! Le dijo que había muerto, que la habían enterrado, pero que estaba vivita y coleando… ¡Resucitada!

Algo más lejana, Joyce Wagner alcanzó a distinguir una voz que ordenaba:

—Dígale al teniente Morley que siga a ese Joyce Wagner, para ver quién es esa bromista.

Muy despacio, para que no se dieran cuenta que él a su vez les había oído también, Joyce Wagner colgó el auricular y se incorporó sobre el lecho. Se vistió velozmente y mientras ataba el cordón de los zapatos musitó para sí:

«La policía tenía mi teléfono intervenido. Claro, me soltaron en libertad provisional, pero aún sigo siendo sospechoso para ellos. ¡Menos mal que Ada no dio el nombre de la cita! Sólo ella y yo conocemos el sitio donde antes nos veíamos. Sólo tengo que darle esquinazo a esos sabuesos y veré si es cierto que no ha muerto, que está fuera de la cárcel y que ha… ha… ¡Ha resucitado!»

Cazó al vuelo el sombrero al pasar por el perchero y ya fuera, cuando ante su llamada acudió el muchacho en el ascensor, le preguntó:

—¿Por dónde saldrías tú del edificio si quisieras que alguien que te espera en la puerta no te viera?

—Eso es fácil, señor Wagner. Utilizaría la escalera de servicio.

—¿Me quieres guiar?

El billete que Joyce Wagner tenía en la mano le ayudó a

decidirse al muchacho que le indicó, saliendo del ascensor y cerrándole:

—Venga por aquí. Utilizaremos el montacargas. Mientras bajaban, el ingeniero creyó oportuno reconocer, por decir algo:

—¡Eres un chico listo, muchacho!

—¡Bah! No tiene importancia, señor Wagner. Las mujeres se ponen pesadas a veces y los hombres tenemos derecho a darles esquinazo.

«Éste piensa que huyo de la mujer que vino a buscarme antes», dedujo Joyce Wagner ante el comentario del empleado. «Mejor. No seré yo quien le desengañe».

Puso cara de circunstancias encogiéndose de hombros, remachando:

—Sí… Tengo otra cita y ella no debe verme. Cuando en el montacargas descendieron hasta el sótano, el hombre preguntó al muchacho:

—¿Por dónde se sale?

—Por el Parking, tiene cinco plantas y si toma esa dirección verá que enlaza con el monocarril que va hacia Hurtingtown.

—¿Hacia Hurtingtown has dicho?

—Sí, señor Wagner: los trenes vienen cada cinco minutos.

—¡Esto es estupendo, muchacho! ¡Realmente estupendo! ¡Precisamente yo tengo que ir hacia Hurtingtown!

—¿A su otra cita, señor?

—Tú lo has dicho. ¡A la cita más sensacional que le puede esperar a un hombre! Calcula tú que ha vuelto del otro mundo para verme.

El ascensorista silbó admirativamente antes de exclamar:

—¡Caracoles, señor Wagner! ¿Qué les da usted? Tiene que enseñarme su táctica. Hay una camarerita en el piso doce que…

Joyce Wagner le dejó con la palabra en la boca, siguiendo la dirección que le había indicado el avispado empleado, para llegar a las galerías por donde pasaba el veloz monocarril que le llevaría a Hurtingtown, lugar donde, algunos años atrás, había pasado algunas tardes con su buena amiga Ada Oliver.

Sólo que ahora las cosas eran muy distintas.

Capítulo X

Ada Oliver estaba sentada en el mismo banco que, siete años atrás, cuando él salía de la academia de ingenieros de Hurtingtown, utilizaba para esperarle y regresar los dos juntos a Washington.

Joyce Wagner no pudo evitar un estremecimiento al pensar fugazmente la cantidad de cosas que habían pasado desde entonces.

Sin embargo, allí parecía todo seguir igual y hasta Ada se levantó con la misma prontitud del viejo banco, cuando le vio avanzar cruzando la calle hacia el jardincillo.

Procuró olvidarse de lo que no hacía mucho los dos habían hablado por teléfono y la miró francamente a los ojos grandes y pardos, aprisionando con las suyas las dos manos de la mujer, que también le sonrió:

—Hola, Ada. ¿Cómo estás, pequeña?

—Me gustaría poder decirte que bien, Joy. ¡Pero no es así!

—¿Te encuentras mal?

—No, no es eso. De salud estoy bien. ¡Pero muy preocupada!

Soltó una de sus manos para guiarla al banco, nuevamente. El pequeño jardincito daba a una glorieta con un estanque, en donde por las mañanas, muchas palomas se bañaban y bebían. Ahora las sombras de la noche ocultaban los contornos del Jardín Botánico en el que años atrás había estudiado Ada Oliver, pero los dos sabían muy bien que el edificio seguía allí.

La calle quedaba lejos, apartada, y el pequeño jardín parecía un oasis de paz hasta el que apenas llegaban los ruidos del tráfico y la gente en su constante ir y venir.

Una vez sentados en el viejo banco Joyce Wagner cruzó las piernas y ofreció un cigarrillo a la mujer. Cuando se lo encendió pudo observar que a Ada le temblaban los labios y las manos.

—¿Frío? —se limitó a decir.

—No, Joy. ¡Miedo!

—¿A qué, Ada? ¿Miedo a qué?

Le contestó a la tercera bocanada de humo azul y denso, aromático:

—Miedo a «ellos». Les prometí que no le diría nada a nadie. ¡Lo prometí solemnemente, Joy!

Joyce Wagner miró la esfera luminosa de su reloj y mentalmente se dijo que era la hora de su cita con Sandra Murray. Pero quería aclarar las cosas de una vez con Ada Oliver y arrellenándose en el banco arrojó al punto el cigarrillo hacia el estanque proponiendo, pausadamente:

—Vayamos por partes, Ada. He venido a charlar contigo porque es preciso que aclare muchas cosas. Pero lo vamos a hacer por orden para no perdernos en un mar de confusiones. ¿De acuerdo?

—Como tu digas, Joy.

—En primer lugar dime una cosa: ¿Asesinaste a tu esposo? ¿Sí… o no?

—¡No, Joy! Yo…

Él la atajó con un movimiento enérgico de sus manos. Insistía en que no debían los dos perderse en un mar de explicaciones y por eso repitió:

—Los comentarios después, Ada. Ahora sólo quiero que contestes a mis preguntas de una forma lo más concisa posible. Vamos por la segunda: ¿Asesinaste a Claney Turner?

—¡Tampoco! Fue él quien me llamó a su casa aquella mañana. ¡Yo no le eché nada en el café!

—Está bien; yo te creo porque me consta que a mí no vas a mentirme. Y ahora perdona que en mi pregunta sea tan directo: ¿Estás o no estás enamorada de mí?

Ada Oliver pareció turbarse un instante, pero la oscuridad de la noche le ayudó en su vacilación. Terminó de fumar arrojando al estanque también el cigarrillo y su voz sonó segura al decir:

—Sí, Joy. Siempre he estado enamorada de ti. Pero de una forma un poco romántica, aniñada. Incluso Acey lo sabía y me comprendía.

—Perdona, Ada: yo siempre lo he ignorado. Y ¿por qué lo sabía tu esposo?

—Acey era un hombre excelente, todo bondad. Muchas veces me oía hablar de ti, de cuando nos conocimos estudiando en la Universidad y de cuando yo te esperaba aquí, en este banco hasta que tú salías de la academia de ingenieros, y llegó a deducirlo.

Hizo una pausa antes de añadir, volviendo al hilo de los recuerdos:

—Pero Acey no era un hombre celoso. Creo que incluso tenía simpatía al escucharme las cosas que le explicaba de ti.

—Eso es nobleza de corazón, Ada. Bien: vayamos a otra cosa. ¿Qué hay de ese Claney Turner?

—Era el ayudante de mi esposo. Un excelente físico nuclear. Acey también le apreciaba mucho.

—¿Y su ayudante a él, a tu marido?

—Claney Turner era un hombre frío, calculador, incapaz de alterarse por nada. Pero creo que también estimaba a Acey. Los dos se compenetraron muy bien en el trabajo.

—¿A tí te apreciaba también? ¿No estaba enamorado de ti?

Ada Oliver le miró fijamente con la sorpresa em sus ojos pardos, apenas distinguidos en la oscuridad por el hombre:

—¿Quién, Claney? ¡Oh, no! Te he dicho que era un hombre frío, incapaz de emociones. Además, me doblaba la edad, me admitía como un mal inevitable en la vida de su profesor y maestro, mi esposo. Pero siempre fue cortés y amable conmigo. A veces salíamos juntos los tres, a cenar o a cualquier sitio. Pero pocas veces, Acey prefería el Laboratorio a su hogar...

Joyce Wagner encendió otro cigarrillo, meneando la cabeza dubitativamente:

—Cada vez entiendo menos de esto, Ada: si Claney Turner no estaba enamorado de ti ni te odiaba, ¿por qué diablos te acusó de asesinarle y me metió en el lío a mí, que ni tan siquiera llegó a conocerme personalmente ?

—Creo que si me dejas ahora hablar a mí comprenderás muchas cosas, Joy.

Él la invitó, con un gesto brusco de su mano:

—Empieza: a ver si me haces comprender todas las barbaridades que me has dicho por teléfono. ¿Me creerás si te digo que no sé aún cómo diablos puedes estar sentada aquí, junto a mí en este banco, cuando deberías estar bien encerradita en la prisión, después de firmar tus declaraciones confesándote culpable?

—Ten paciencia y lo comprenderás todo. Pero oigas lo que oigas no me interrumpas. Yo sólo te puedo contar lo que sé, Joy.

—¡Adelante! Soy todo oídos.

—Ante todo dime una cosa: ¿Crees en la resurrección, Joy?

Joyce Wagner se encogió de hombros, volvió a cruzar las piernas y apoyando las manos en la rodilla, balbució:

—Bueno... pues... ¡Sí!... Sí creo en la Resurrecón, Ada. Recibí mi educación religiosa y... ¿A qué viene eso ahora?

—Es que no me refiero a la Resurrección de todos los muertos el día del Juicio final, según los Evangelios, Joy. Quiero decir si crees que es posible una resurrección científica, provocada por la ciencia de los hombres.

Joyce Wagner miró a su interlocutora muy serio, recostándose en el respaldo del banco que ocupaban los dos, para observarla más fijamente. En la oscuridad de la noche ella sostenía su mirada y él movió varias veces los labios antes de acertar a decir:

—Desde un punto de vista médico, científico... No sé, Ada... No sé hasta qué punto eso podrá llegar a ser posible. Se han dado algunos casos de personas a las que se las creía muertas y que

después, con unos masajes en el corazón o con...

—«Ellos» lo han conseguido, Joy... ¡Y en todos los casos!

Desde que acudió a la cita de la mujer Joyce esperaba que abordarían aquello, pero los dos lo habían estado dilatando. Ahora el problema estaba allí y lo mejor era enfocarlo valientemente. Por eso quiso saber:

—¿«Ellos», Ada?... ¿A quién te refieres cuando dices «Ellos»?

—A los «Ciudadanos»... Se llaman así.

—Ciudadano lo es todo aquel que vive en una ciudad: fue un calificativo muy empleado hace siglos, cuando la Revolución Francesa en 1789.

—«Ellos» son ciudadanos de Amaltea XII, la Luna más pequeña y más distante de los doce satélites que giran en torno al planeta Júpiter.

Joyce Wagner se inclinó sobre la mujer, aprisionando con una de sus manos la muñeca derecha de Ada Oliver:

—¿Qué estás diciendo, Ada? Amaltea XII es un diminuto punto perdido en el espacio. Júpiter está a quinientos ochenta y cuatro millones de kilómetros de nosotros. Si no hemos encontrado vida orgánica allí, ¿cómo puede haberla en la más pequeña de sus doce lunas? ¿Estás hablando de seres éxtraterrestres?

—No, Joy... Te estoy hablando de hombres y mujeres como nosotros. Seres que han nacido en la Tierra, pero que si han muerto aquí o en cualquier otro planeta del Sistema Solar, son resucitados allí, en Amaltea XII.

—¿Resucitados por quiénes?

—Por «Ellos», Joy... Por los ciudadanos...

Joyce Wagner procuró calmarse y no dejarse arrastrar por su carácter impulsivo. Soltó el brazo de la mujer y se le ocurrió decir, algo infantilmente:

—Si no lo veo no lo creo, Ada. ¡Todo eso son cuentos tártaros!

—Pues lo estás viendo, amigo mío. ¡Yo soy un ejemplo vivo!

—¿Quieres desconcertarme? ¿Vuelves a insinuar que has estado muerta y alguien te ha resucitado?

—Así es, Joy. ¿Cómo crees si no que podría estar aquí contigo charlando? Mi celda en la Prisión Federal era muy segura. ¡No habría podido escapar de allí!

Joyce Wagner se prometía a sí mismo una y otra vez no alterarse, pero las cosas que le decía Ada Oliver le hacían olvidar su propósito. No obstante, una vez más logró calmarse y admitió:

—De acuerdo, Ada. Cuéntame cómo pasó todo. ¡Me gustará oírlo!

—Fue muy sencillo. Vino a verme el ciudadano de primera Dorenko Ebrasko.

—¿Quién es ese tipo?

—Un especialista en enfermedades nerviosas. En la prisión me sentía muy inquieta y tenía los nervios a flor de piel. Me puso una inyección y estuvimos hablando mucho: resultó una persona muy simpática, con un profundo conocimiento humano.

Por un instante Joyce Wagner pensó en todo lo que habría tenido que soportar su buena amiga, acusada de doble asesinato injustamente, y tomando sus manos se apiadó:

—¡Pobre Ada! Ha debido ser horrible para ti y es natural que encontrases simpático al primero que se acercase a ti, para comprenderte y consolarte.

—Te equivocas, Joy. Ese hombre, el ciudadano Dorenko Ebrasko, no me consoló. Más bien me habló de la muerte, de que sólo era un tránsito hacia otra vida y de que…

—¿Tiene vocación de sacerdote?

—Tampoco: simplemente me expuso, de una manera lógica y fría, lo que me esperaba. Un largo proceso, acusación contra acusación, pero al final, una irrevocable sentencia de muerte, ya que todo estaba contra mí. Si aceptaba eso, mi muerte era definitiva, o en el mejor de los casos una condena de muchos años, que es otra forma mucho peor y más dolorosa de renunciar a la vida, a todo lo que ella nos puede ofrecer.

—¿Y si no lo aceptabas?

—Me quedaba el camino que él me ofrecía. Morir, pero luego resucitar, tal como habían hecho otros muchos.

Horrorizado, Joyce Wagner se llevó ambas manos a la cabeza y exclamó, casi gritando en la noche:

—¿Y tú creíste en ese hombre?

—Me dio pruebas, Joy.

—¿Qué clase de pruebas podía darte?

—Él mismo es otro resucitado.

—¿Cómo lo sabes?

—Además, me trajo unas cintas magnetofónicas grabadas con las voces de mi esposo, de Claney Turner y de una buena amiga mía que murió hace tiempo ahogada y que ahora vive tan feliz con su padre, en la Luna.

Impulsivamente Joyce Wagner se llevó la mano a la frente y se dio una fuerte palmada. Observó que Ada Oliver le miraba muy extrañada y antes de que ella hablase él exclamó:

—¡Atiza! ¿Esa chica se llama por casualidad Annie Denison?

—Sí, Joy. ¿Cómo lo sabes?

:—¡Vaya, vaya, vaya! ¿A que voy a terminar por creer en tu historia de resucitados?

—Es un hecho, Joy. Yo estoy hablando contigo y he muerto. ¡Me enterraron!

É1 pidió con el gesto de sus manos y con la palabra:

—Calma, Ada, calma, por favor. ¡Creo que me va a estallar la cabeza! Estábamos en que ese ciudadano de primera que te visitó en la prisión te dio a elegir: Si le hacías caso y seguías todas sus instrucciones, él... «ellos», te resucitarían. ¿No es así?

—Más o menos, con la diferencia que los argumentos de Dorenko Ebrasko son convincentes.

—¿Por qué resultaron tan convincentes para ti sus argumentos? \

—Ya te he dicho que oí la voz de mi esposo, la de Claney Turner y otras personas que estaba segura habían muerto.

—Esas grabaciones pudieran haberlas hecho antes y luego amañarlas. ¡Es una cosa muy fácil! Se quitan o se añaden palabras a la cinta magnetofónica, que se han dicho en otro pasaje de la conversación. .

—No cuando toda esa conversación se refiere al pasado, al hecho en sí de la muerte sufrida y a la posterior resurrección, Joy. ¡Y no vas a decirme ahora que confundí la voz de mi marido!

—De acuerdo, Ada: ¿Qué te decía tu esposo?

—Que hiciera caso de Dorenko Ebrasko y que pronto me reuniría con él. Viviremos otra vida mucho mejor y en otro mundo...

—En Amaltea XII. ¿No es así?

—De momento sí. Es allí donde nos van concentrando.

—¿Hasta cuándo, Ada?

—No lo sé, Joy; llevo muy poco tiempo siendo uno de «ellos». Lo único que sé es que estaba desesperada, que no podía elegir y que me horrorizaba la idea de ser condenada por esos dos crímenes que no cometí. Dorenko Ebrasko me ofrecía la posibilidad de poder vivir...

—Déjame adivinar ahora... ¡Y te bebiste el líquido que el muy bribón te llevó bien escondido a la celda! ¿A qué sí?

—Sí. ¡Eso hice! Y ya ves que estoy viva, Joy.

—Perdona, mi buena amiga, pero «oficialmente» estás muerta. A mí me dio la noticia el general Mansfield.

—¿Y qué me importa que me crean bajo tierra? Así he terminado con todo aquí, en este mundo y en esta sociedad que me

ha tratado tan mal, que ha sido tan injusta conmigo. En Amaltea XII viviré mejor. ¡O en cualquier otro sitio! ¡Pero no con la mancha de haber sido juzgada por asesina!

—Todo eso está muy bien, pero por simple curiosidad filosófica se me ocurre preguntarte ahora. ¿Qué sentiste mientras estuviste muerta, en el más allá?

—Nada, Joy. ¡Absolutamente nada! Después de beber ese líquido me quedé como dormida y sólo sé que desperté en casa de Dorenko Ebrasko. Ellos me han explicado que me enterraron y que no les costó mucho trabajo sacarme de la tumba: el cementerio de la prisión está fuera del recinto de los muros.

Joyce Wagner hizo un gesto vago, comentando:

—¡Claro! ¿Quién puede sospechar que los muertos andan soltando mentiras por ahí, como tú? ¡Nadie!

—¿No me crees aún, Joy?

—Me cuesta mucho trabajo creerte, pero debo hacerlo, Ada. Sé de cosas muy extrañas que han pasado en estos últimos días, que encajan perfectamente con todo eso que me has contado. Por ejemplo: ¿sabes que en la Luna no se ha encontrado ningún cadáver en las tumbas? ¡Todos habían sido robados!

—Son ellos, Joy. Los ciudadanos.

—¿Y para qué diablos quieren esos cadáveres?

—Están formando una sociedad. Cuando todo esté a punto en Amaltea XII, Dorenko Ebrasko dice que pedirá un planeta para todos nosotros al Gobierno Galáxico.

—¡No estará mal eso! Y ¿pueden resucitar a todos los muertos?

—No. Sólo a los que hace muy pocos días han fallecido. Un grupo de científicos han descubierto las fórmulas para regenerar todas las partes dañadas del cuerpo humano.

—Soy ingeniero y no entiendo mucho de medicina, Ada, pero... ¿Cómo es posible eso? Una vez se apaga en el cuerpo el soplo de la vida...

—El soplo de la vida sigue latente, Joy. El concepto de la muerte que se tenía hasta ahora resulta anticuado. Es como una de esas astronaves que tú diseñas: si le quitas los motores, toda ella queda «sin vida», sin poder moverse: pero cuando la reparas o le pones otro motor, nuevamente puede llevarnos por los espacios siderales. En el cuerpo humano el motor principal es el corazón, por regular la corriente sanguínea: pero si este motor se para, puede repararse y cambiarse por otro y entonces todo sigue igual.

—Feliz hallazgo el de esos hombres, que no me explico cómo no le han puesto al servicio de toda la Humanidad. Eso hace pensar

que sus planes son exclusivistas, de grupo nada más. Esto sin contar que utilizan medios reprobables para resucitar más tarde a los que ellos asesinan. ¡Entre ellos a tu propio esposo!

Ada Oliver esta vez no contestó. Volvió a temblar y el extremo encendido de su cigarrillo le indicó en la oscuridad de la noche a Joyce Wagner que era así. La pequeña lucecita roja oscilaba junto al rostro de ella como un diminuto semáforo y el hombre volvió a hablar al poco.

—¿O acaso te han dicho qué motivos tuvieron para asesinar a tu marido?

Con voz apagada, al fin Ada Oliver pudo hablar:

—De eso me enteré después, cuando ya les debía a «ellos» esta nueva vida que late en mí.

La sintió estremecerse junto a él en el banco, rodeados por las sombras de la noche. Y con un hilo de voz terminar diciendo:

—Que late en mí, pero que pronto se extinguirá también, porque… ¡Porque les he desobedecido! ¡Me he sublevado!

Capítulo XI

Precavidamente dieron mil rodeos y vueltas hasta tener la seguridad de que nadie les seguía. Cuando llegaron frente al edificio donde vivía Sandra Murray ya eran más de las tres de la madrugada y la calle estaba solitaria. Joyce Wagner no tenía las llaves del portal y no quería llamar la atención del vigilante. El hombre podía empezar a hacer preguntas, que tanto a él como a la asustada Ada Oliver no les interesaban.

Decidió forzar la cerradura y minutos después, furtivos como dos ladrones, los dos subían en el ascensor hacia el apartamento de la muchacha rubia. Joyce pensó mientras pulsaba el timbre que Sandra no iba a recibirles muy bien: el plantón había sido de muchas horas y además, por si esto fuera poco, se presentaba en su casa con una «forzada» invitada que se llamaba nada menos que Ada Oliver.

¡Una bonita papeleta!

Pero cuando Sandra Murray abrió envuelta en su bata de baño y con todos los cabellos mojados, al verlos plantados, ante ella se limitó a invitar, con divertida sonrisa:

—¡Adelante, pareja, adelante! ¡Dios los cría y ellos se juntan! ¡Sois tal para cual!

Medrosa. Ada Oliver vaciló, pero Joyce Wagner tiró de un brazo de ella y la obligó a entrar. Aunque una vez cerrada la puerta prestó toda su atención a la mujer rubia y preguntó, muy extrañado:

—¿Te estabas duchando ahora, Sandra?

—Sí, Joy. Acabo de llegar a casa.

—¿Cómo? ¿Qué acabas de llegar ahora? ¿Dónde has estado, Sandra?

Ada Oliver les observaba discretamente apartada de ellos y vio a la muchacha rubia con los brazos en jarras ante Joyce Wagner, aclarándole:

—Un tipo me invitó a cenar esta noche. Quedamos en que me vendría a recoger aquí y el muy fresco no llegó. Pasé dos horas terribles hasta que otros dos tipos llamaron a mi puerta. Abrí y el más guapo dijo que era el teniente Jean Morley de la Policía Federal de Washington y para demostrarlo el más bajito me enseñó su credencial.

—¡Sigue! —invitó, no menos furioso Joyce Wagner.

—Preguntaban por ti, por tener yo la desgracia de haber sido tu novia…

—¡Alto ahí, nenita! ¿Has dicho «haber sido»?

—Así es, monín. ¡En pasado!

—Adelante: ¿qué querían saber esos sabuesos?

—Por lo visto les diste el esquinazo. Estaban esperando verte salir de tu casa, pero tú te esfumaste, por la chimenea.

—No fue por la chimenea, pero sigue.

—Dieron mil vueltas por la ciudad y al no localizarte, el más bajito tuvo la luminosa idea de que como yo era tu novia, podías haber venido aquí.

Señalando a Ada Oliver el hombre dijo:

—No pude venir, cuando termines te explicaré.

—No tienes nada que explicarme, Joy. Yo estaba aburrida y como ellos también, le dije al policía más guapo si me invitaban a cenar. Y ya ves, ¡hemos estado bailando y divirtiéndonos por ahí hasta ahora!

Furioso, Joyce Wagner miró su reloj de pulsera:

—¿Hasta las tres de la mañana, Sandra?

—¡Oh! Por mí habríamos estado más: pero cuando ellos se convencieron de que no darían contigo por más vueltas que dieran, se terminó el llevarme de un sitio a otro y me trajeron a casa.

—¡Los muy...! ¡Ya le diré yo a ese teniente Jean Morley!

—No tienes que decirle nada. En el fondo me usaban como excusa para buscarte a ti.

Sandra Murray se dignó mirar a la mujer que les escuchaba y añadió:

—Y por lo visto te buscaban por un motivo bien justificado. ¿Cómo lo hizo usted, rica?

Ada Oliver reculó dos pasos viendo a la muchacha rubia avanzar hacia ella y señalándose a sí misma preguntó:

—¿Yo? ¿Cómo hice el qué?

—¡Fugarse de la cárcel! Por lo visto fue una comedia por todo lo alto. Esos policías me han dicho que se suicidó usted y que la enterraron, pero por lo que veo debió ser su doble la que murió. ¿Le costó mucho dinero convencer a otra pobre mujer para que muriera por usted?

Joyce Wagner avanzó hacia las dos mujeres, deseando evitar una agria discusión:

—¡Basta ya, Sandra! ¡No tienes ningún derecho para ofender a Ada!

—Sí, claro. ¡Defiéndela! Ya lo he dicho antes: tal para cual. Ella se confiesa autora de esos dos crímenes, a ti te dejan en libertad provisional y tú pagas el favor ayudándola a huir. ¡Y todos creyendo que la pobrecita está bien muerta! ¡Me gustaría saber

cómo lo habéis conseguido!

Agotada por la tensión de aquella noche y los terribles acontecimientos de los últimos días, Ada Oliver se dejó caer sobre una de las butacas que adornaban el coquetón apartamento de Sandra Murray, que gritó furiosa:

—¡No manche mis muebles, asesina! ¡Levántese de ahí!

Joyce Wagner se cruzó ante ella sujetándola, mientras también gritaba:

—¡Dije que basta, Sandra! ¡Escúchanos primero y luego juzgas! ¡Y prepárate a oír cosas muy gordas!

—No tengo por qué escuchar vuestras justificaciones. Estoy en mi casa y ahora mismo llamaré a la policía.

—¡Diantre, Sandra! ¡No llamarás a nadie! He traído esta mujer a tu casa, porque necesita nuestra ayuda.

Sandra Murray miró al hombre de arriba abajo, diciendo:

—Pides demasiado a las mujeres que te han querido, Joy. A ella que mate a su esposo y a mí...

—Te estás portando como una niña celosilla, cariño. Cuando escuches todo lo que me ha contado Ada, cambiarás de opinión.

Las manos crispadas sobre los oídos, pataleando nerviosa y todos los cabellos revueltos y aún mojados por la ducha, la muchacha rubia gritó:

—¡No me llames «cariño», bribón! ¡Te odio!

Ada Oliver, algo repuesta de su momentáneo desfallecimiento, creyó oportuno intervenir:

—Debe calmarse, señorita Murray. Nada de lo que piensa existe entre Joy y yo. Sólo le rogamos los dos que nos deje explicarle y entonces comprenderá.

Con gran esfuerzo, la dueña de la casa pareció dominarse y propuso, sentándose sobre el sofá y armándose de paciencia:

—Está bien: pueden empezar cuando quieran, pero procuren que todo sea lógico para que pueda creérmelo.

Vio al hombre cambiar una mirada con la mujer de cabellos castaños y al fin él dijo:

—Bueno, Sandra. Creo que todo lo que te vamos a contar no te parecerá muy lógico. ¡Pero te aseguramos que sí es la verdad!

—¿Ya empiezas con tus tapujos y evasivas, Joy?

—Es que... Te lo advierto porque así, a lo primero, te costará creerlo.

—Tú tienes un pico de oro, cuando quieres. ¡Inténtalo!

—¡Pues ahí va, Sandra!

Y entre los dos le contaron lo que pasaba.

* * *

Mientras preparaba café para los tres, Sandra Murray musitó desde la cocina:

—O estáis los dos locos, o lo estoy yo por creeros. ¡Una de las dos!

—Hay algo que puede demostrar que todo esto es cierto, señorita Murray —dijo Ada Oliver, desde el sofá.

La dueña de la casa ya venía con el café humeante e inquirió:

—¿Y es…?

—La casa de Dorenko Ebrasko. Me acuerdo perfectamente de las señas. Allí es donde me… me…

—Sí; ya sé. Donde la resucitaron.

—En mi caso fue fácil: un masaje exterior al corazón para reactivar su funcionamiento, tras administrarme unas inyecciones cuyo tratamiento debe durar unos cuatro meses.

Aún algo incrédula, mientras les servía el café, inclinada sobre Ada Oliver la muchacha rubia preguntó:

—Si es así, si deberá seguir ese tratamiento médico, ¿por qué se escapó de esa casa?

—Casualmente, por un descuido de los hombres que me llevaron allí, me enteré de algo horrible. Creían que seguía inconsciente y empezaron a hablar. ¡No sé cómo pude fingir que aún dormía!

Joyce Wagner tuvo que apresurarse a coger el platillo y la taza de café que temblaba en las manos de Ada Oliver. A su vez la dueña de la casa ayudó al hombre a dejarlos en la bandeja y propuso, solícita:

—No hable más si está cansada, Ada. Puede dormir en mi cama si lo desea.

El ofrecimiento pareció excitarla, sacándola de su nuevo desfallecimiento:

—¡No! ¡No! ¡Deben saberlo todo! Es preciso que lo sepan antes que… Antes no pude seguir contándoselo a Joy, porque me sentí mal y él me dijo que debíamos venir aquí.

—Si te encuentras con fuerzas, sigue, Ada. Ante todo esto hay que tomar una decisión —intervino Joyce Wagner.

—Sí, Joy ¡Hay que destruirles, antes que sigan con sus diabólicos planes!

—¿Tú los conoces?

—Sólo en parte: pero por lo que pude oír, esa gente es mala. Hablaban de formar una «élite» superior que gobernaría a todos los demás. Están divididos en ciudadanos de primera, de segunda y de tercera: luego viene la masa, la que hace los trabajos más duros y a

los que no administran más inyecciones para que sigan viviendo una vez han terminado la labor que les han asignado. Pero de lo que están faltos es de técnicos, de ingenieros, de cerebros superiores…

Vivamente interesado, Joyce Wagner rogó:

—¡Sigue, Ada! ¡Sigue por favor!

—Uno de ellos decía que debían emprender una campaña para que los hombres más destacados fueran muriendo de las formas más diversas, para luego hacerlos suyos. Por lo visto llevan ya muchos años obrando en tal impunidad, porque nadie sospecha que pueden hacer resucitar a los cadáveres de los hombres que eligen. Así han ido ocupando muchos puestos clave, solamente con trasladarlos de un país a otro. Sandra Murray exclamó:

—¡Pero eso es horrible! Así llegaría el día en que el mundo estaría regido por cadáveres vivientes.

—Lo malo es que en algunos sitios, ya lo estará —opinó Joyce.

—Claney Turner era uno de ellos —siguió la mujer de cabellos castaños—. Creí oír que en un principio se llamó León Tkruschine; murió cuando instalaba un reactor atómico en una central del Gran Cañón del Colorado, pero le hicieron resucitar. Entonces fue cuando apareció por aquí y entró con una recomendación al Laboratorio Central que dirigía mi esposo. Al pobre Acey le mató él y luego bebió el líquido que agarrota por unos días el corazón.

—O sea, que murió por segunda vez. ¿No es así, Ada? —quisó asegurarse el joven ingeniero.

—Sí; pero sabía que sólo por un par de días. Ya había sufrido una experiencia y tenía la seguridad de que resucitaría.

—¿Por qué obró así? —preguntó Sandra Murray.

—Era parte de un plan bien estudiado. Aquella mañana me llamó a su casa para más tarde escribir la nota en la que me acusaba de su muerte, mezclando a Joy para que también le sentenciaran.

—Pero ¿por qué? —gritó la muchachita rubia, por instinto agarrando con sus manos las del hombre.

—También le quieren. Necesitan un ingeniero astronáutico como él. Por lo visto tienen grandes planes.

—Ahora me explico muchas cosas —suspiró Joyce Wagner—. Entre ellas, los tres atentados que sufrí en la Luna. A toda costa querían matarme para luego, una vez en la tumba, desenterrarme y someterme a su medicación.

—Todo eso es repugnante —dijo Sandra.

—Pero efectivo, cariño. ¿Quién puede sospechar que son utilizados los muertos, devolviéndoles a la vida? Me gustaría saber

cuántas tumbas vacías hay ahora por el mundo.

—Podéis asegurar una cosa: todos los hombres que mueren de una forma casual, natural o provocada, que tengan algún valor positivo en las distintas profesiones o cometidos que han desempeñado, son una tentación para ellos. ¡Los necesitan!

—Ada tiene razón. Y si los necesitan es porque tienen grandes planes para el futuro.

—De momento, hasta que estén seguros de su total obediencia y agradecimiento por haberles devuelto a la vida, los concentran en Amaltea XII —siguió informándoles Ada Oliver.

—¿Y por qué en Amaltea XII? —quiso saber Sandra.

—De las doce lunas de Júpiter, es la más pequeña y la más lejana. Está a 22.523.000 kilómetros del planeta y casi carece de interés desde el punto de vista de explotación. Allí no se hacen casi viajes de inspección y los hombres que están al frente de Amaltea XII son de ellos. Aunque a todos los que devuelven a la vida les hacen llamarse ciudadanos de Amaltea.

Siempre práctica, con un sentido exacto de las cosas, Sandra Murray se levantó dirigiéndose hacia el teléfono:

—Opino que ya hemos charlado bastante, amigos. ¿Qué tal si informo al teniente Jean Morley de todo esto?

Amoscado, Joyce Wagner la siguió preguntando a su vez:

—¿Por qué precisamente a ese tenientillo, Sandra? ¿En unas horas os habéis hecho tan buenos amigos?

—No seas niño, Joy. Te he dicho que si me invitaron a llevarme por ahí fue con la excusa de buscarte. ¡Y yo les acompañé, por ver si te encontraba!

—No estaba la noche para cenas, bailes o cabaret, nenita. Ada y yo estuvimos charlando sentaditos en un banco de un jardín público.

—¡Qué románticos!

—Veo que aún conserva usted el humor —terció Ada Oliver, sin levantarse.

—No hagas caso a Sandra. Con tal de demostrarme que me quiere y sigue enamorada de mí, es capaz de todo.

Volvió a llevar el hombre hacia el sofá a la muchacha rubia, añadiendo tras una pausa:

—Ya había pensado yo en avisar a la policía, cariño. Pero luego deseché la idea.

—¿Por qué, Joy? Esos hombres pueden...

—Piensa un poco. ¿Qué prueba tenemos contra ellos?

—¡Tenemos a Ada Oliver! ¿Te parece poco?

—Oficialmente Ada es una mujer procesada, que estaba en la prisión y que ahora está aquí. Aunque explicase su fantástica historia, nadie la creería.

—Tú y yo la hemos creído, Joy.

—Puedo dar las señas de la casa de Dorenko Ebrasko. ¡Me acuerdo bien! —terció Ada.

—A estas horas, ninguno de ellos estará allí. Al notar tu fuga habrán tomado muchas precuaciones. Eso no vale, Ada.

—Entonces, Joy...

—Mañana haremos algo mejor. El Departamento de Defensa intervendrá. ¡Lo pondrá en movimiento nuestro querido general Mansfield!

Dirigiéndose a la mujer de cabellos castaños y ojos pardos, Sandra Murray la tranquilizó:

—Joy ha tenido una buena idea. El general Mansfield es un buen amigo nuestro. Ahora debería descansar usted un poco.

—Me temo que no podré dormir, señorita Murray. Estoy muy nerviosa. Muy nerviosa y molesta, porque me pregunto si al... al haberles traicionado a ellos... no estaré obrando mal con Acey, mi esposo. ¡Estoy segura que está en Washington! ¡Qué todavía no se le han llevado a Amaltea XII!

No obstante, Sandra Murray logró convencerla y minutos después la dejó sobre la cama, cubriéndola con una manta para que intentase dormir un poco.

Ella salió de la habitación y encendiéndole a Joyce Wagner el cigarrillo que se llevaba a los labios, le preguntó:

—¿Crees que esa mujer vivirá?

—No, Sandra. El nerviosismo que domina a Ada es porque sabe que va a morir. Ella quiere ocultárselo a sí misma y nada nos ha dicho a nosotros. Pero las dosis que les dan en esos inyectables deben ser para un par de días todo lo más. Estoy seguro que obran así, porque es una forma de tenerles bien sujetos a su dominio.

—¿Crees que por eso nunca nadie les ha delatado, Joy?

—Por ese terrible miedo a morir por segunda vez y de una forma definitiva y quizá, también, por el natural agradecimiento que deben sentir hacia quienes les arrancan de la muerte y les devuelven a la vida. Son dos factores que cuentan mucho, cariño.

—Sin embargo, ella... Ada Oliver... ¡Ha debido necesitar mucho valor para huir de ellos!

—Veo que empiezas a comprenderla y apreciarla.

—Más que eso, Joy. ¡La admiro! ¡Ahora la admiro profundamente!

Capítulo XII

El ayudante del general Mansfield despertó sobresaltado al oír los golpes en la puerta.

Encendió la luz, miró de soslayo al reloj que estaba sobre la mesita de noche y saltando del lecho refunfuñó, buscando con los pies las zapatillas:

—¡Ya va! ¡Ya va! ¿Se ha dado cuenta que son las cinco y media de la mañana?

Al abrir la puerta de su dormitorio miró desde su imponente altura al viejo mayordomo e indagó, malhumorado:

—¿Qué tripa se le ha roto, Cassey?

—Eso me habría gustado preguntarle al señor Wagner, coronel. Pero, ¡está ahí! Esperando abajo.

—¿El ingeniero jefe de los talleres, Cassey?

—El mismo, coronel. E insiste en que tiene que hablar ahora mismo con el general. Por eso yo le he llamado a usted y...

—¡Pero si apenas despunta el día! ¡Ese muchacho está loco!

La voz de Joyce Wagner ascendía por la amplia escalera de mármol blanco, excusándose.

—Lo siento, coronel. ¡Pero es muy urgente! Llegó ante el militar y el viejo criado y añadió, apremiante:

—Por favor, coronel Greyson. ¡Cada minuto cuenta!

El alto coronel Greyson procuró cubrirse mejor con la chaqueta dé su pijama, indagando:

—¿De qué se trata, Joy? ¿No pretenderá que despierte al general para decirle que han inventado un nuevo modelo o cosa por el estilo?

—No estaría aquí si se tratase de eso. ¡Pero no hay tiempo que perder!

Minutos después, el viejo general Mansfield estaba reunido con los dos en el despacho de su casa particular. El anciano militar escuchó sin parpadear el relato del joven ingeniero; pero el alto coronel Greyson, que era las primeras noticias que oía sobre aquello, de vez en cuando resoplaba y miraba a Joyce Wagner como si fuera aquella la primera vez que le echaba la vista encima.

No pudo resistir más y al fin estalló, mirando a uno y otro:

—¿Pero de qué diablos están hablando? ¿Es que ha llegado el día del juicio final, para que digan que los muertos andan resucitando por ahí?

El general Mansfield le fulminó con la mirada de sus cansados ojillos sin pestañas:

—Cállate, Greyson. Y dile a Cassey que nos prepare un buen desayuno. Esta mañana vamos a tener que movernos mucho.

—¡A la orden, señor!

Salió el alto coronel Greyson y el general dictó a Joyce Wagner:

—Toma nota, Joy: Orden para todos los jefes de los astródromos. Que no despegue ninguna nave, hasta nueva orden. Que las que lleguen sean debidamente registradas y que tanto los pasajeros como sus tripulaciones queden instalados en las bases, sin permitirles salir bajo ningún concepto. Aviso para el jefe de la Policía Federal: que detengan a todo el personal de la clínica del doctor Dorenko Ebrasko, de la calle Franklin, número ventisiete."

Se volvió al joven ingeniero que escribía y comprobó:

—¿No son ésas las señas de la casa de donde huyó tu amiga Ada Oliver?

—Sí, señor.

—Orden para el director de la Prisión Federal: que revisen la tumba en la que hace bien poco enterraron a esa pobre mujer. Comunicado para el Departamento de Defensa, poniéndole al corriente de todo esto. Solicitud, urgente, para que los miembros del Gobierno Galáxico se reúnan cuanto antes para informarle.

Se acercó a la mesa dejando de pasear, pulsando una clavija y gritando:

—¡Cassey! ¿Qué pasa con ese desayuno? ¡No le dejes meter los dedos a ese goloso de Greyson, o cuando llegues aquí no traerás nada, porras!

Una vocecita, que debía ser del mayordomo, respondió:

—No, señor... ¡Ahora mismo subimos!

Se encaró el general con el joven ingeniero que esperaba y preguntó:

—¿Alguna sugerencia, Joy?

—No estaría de más solicitar, a quien compita, que se abra una investigación a fondo de todo el personal especializado que esté en puestos clave. Alguno podría ser que hubiese muerto en otro sitio, en otro país y que ahora...

—Buena idea, Joy. ¡Se hará!

Entró el viejo mayordomo cargado con la bandeja y cuando el coronel Greyson, visiblemente satisfecho, se acercó a los desayunos, quitándole la hoja de papel escrita de las manos a Joyce Wagner, el general Mansfield se la ofreció a su desilusionado ayudante ordenándole:

—Cursa todo esto, Greyson. ¡Es urgente!

—Pero, señor, yo...

—Ya llenarás la barriga luego. ¡Te digo que es urgente!

—¡A la orden, señor!

Se aplicó el activo general con buen apetito sobre el desayuno, y mientras Joyce le servía el café le preguntó:

—¿Sabe ya algo de la tumba donde enterraron a Acey Bardot, señor?

—Sí. ¡Estaba vacía! Y la de ese Claney Turner también.

—Lo suponía. Anoche no pude llamar preguntándoselo. La llamada de Ada Oliver me desconcertó y estuve muchas horas con ella. Nos vimos en Hurtingtown, sentados en un banco de un jardincillo.

—Bien hecho. Ese cabezota de Dean Masson, si descubre que anda suelta por ahí, ordenará a sus policías que la detengan otra vez.

—Está descansando en casa de Sandra, señor. Se encontraba muy nerviosa y excitada y creo que…

—Debiste ser más previsor, Joy. ¡Esa mujer necesita un médico con urgencia, después de todo lo que ha pasado!

—Ya pensamos en ello, señor, Sandra ha quedado en avisar a su médico.

—Perdona, Joy. Siempre creo que soy el único que está al tanto de las cosas.

Terminando con la última tostada el general Mansfield gritó:

—¡Cassey!

—¿Señor…?

—Dile al capitán Krone que prepare el coche. ¡Salimos arreando ahora mismo para el Departamento de Defensa!

Se levantó para ir a su cuarto a terminar de vestirse y añadió:

—Tú me acompañas, Joy. Si quieren preguntarte allí algo más sobre todo este feo asunto, eres el que más informado está.

—De acuerdo, general. ¡Le espero!

* * *

Cursadas las órdenes, al Departamento de Defensa fueron llegando uno tras otro los resultados.

Había protestas por la momentánea suspensión de los viajes interplanetarios, pero las medidas tomadas por el activo general Mansfield fueron más tarde remachadas por las órdenes recibidas del Departamento de Transportes y Comunicaciones del Gobierno Galáxico.

Sobre las astronaves que fueron llegando de otros planetas, una vez debidamente registradas, no se encontró nada de mayor

importancia: total, la localización de un poco de contrabando de uranio procecente de Saturno y el paso clandestino de unas muchachas que habían abandonado sus hogares en Marte, con la fútil excusa de que allí no había bonitas piscinas para bañarse como en la Tierra.

Sin embargo, la reacción de los enemigos invisibles quedó registrada con la información que remitió el jefe de la Policía Federal de Washington. Nada más recibir la orden, Dean Masson lanzó a sus agentes sobre la clínica del doctor Dorenko Ebrasko, pero sin ningún resultado positivo. La casa número 27 de la calle Franklin había ardido la noche anterior, declarándose un voraz incendio a eso de las once de la noche.

—Justamente dos horas después de que Ada consiguiera huir de esa clínica —comentó Joyce Wagner, con el general Mansfield y otras altas personalidades del Departamento de Defensa.

—¡Chicos listos! —rezongó el general—. Temieron que esa mujer les denunciara y destruyeron las únicas pistas por las cuales podíamos localizarles aquí.

El director de la Prisión Federal se personó muy alarmado, informando:

—¡Asombroso, señores! ¡El cadáver de Ada Oliver ha desaparecido! Cuando recibí la orden de abrir la tumba, pensé que sería para un trámite legal. Una nueva autopsia o una cosa así, pero…

Vio que no asombraba a nadie con su noticia y Joyce Wagner quiso consolarle, diciéndole:

—Ya lo sabíamos. Simplemente se trataba de una comprobación.

En cuanto a la solicitud del general Mansfield para que los miembros del Gobierno Galáxico se reunieran urgentemente para tratar de todo aquello, se recibió un comunicado diciendo que lo harían con la mayor prontitud posible. Algunos de sus componentes estaban viajando por distintos países, pero ya se les había cursado el aviso.

No obstante, cada Departamento tenía la suficiente autoridad para obrar de una manera autónoma tomando las medidas que considerase más oportunas, y la ofensiva general contra los llamados «ciudadanos de Amaltea XII» fue tomando cuerpo.

—Uno de los focos más importantes debe de estar en la Luna —objetó Joyce Wagner, recordando los recelos de su amigo Yal Reale —. ¿Saben si hemos podido ya establecer comunicaciones directas con el Gobierno de Pierre Uri?

Un empleado del Departamento de Defensa le contestó:

—Todavía no. Parece ser que la avería fue seria. Pero la División que fue enviada allí, habrá dominado la situación en caso de alguna revuelta o sublevación.

Joyce Wagner recordó al amigo sacrificado, figurándoselo muerto al caer con los nervios del corazón agarrotados. Posiblemente ahora estaría resucitado en alguna parte, incluso sintiendo agradecimiento por los que le sacaron de la muerte para volver a la vida.

«Dios quiera que no tenga que enfrentarme algún día con Yal», pensó.

Unos militares pasaban por allí tras salir del despacho del jefe del Departamento de Defensa y Joyce creyó oír algo de «Tumbas abiertas». Preguntó y un coronel le dijo:

—Es el nombre con el que el general Mansfield ha bautizado esta operación. La llama «Tumbas abiertas» porque se han cursado órdenes a todos los cementerios de la Tierra para saber aproximadamente cuántos cadáveres han sido robados.

—Es una medida muy prudente —comentó otro.

—Cierto. No sólo conoceremos el número, sino los hombres y mujeres que han podido ser resucitados. Por sus tumbas se les identificará y dados sus anteriores cargos, ocupaciones o actividades, más o menos se les podrá ir localizando —razonó el coronel.

Joyce Wagner sonrió levemente pensando en el activo general Mansfield. Sólo a él se le podía haber ocurrido dar el acertado nombre de «Tumbas abiertas» a una operación, que, en pocos días, obligaría al mundo entero a perturbar el reposo de sus muertos.

Y todo por la ambición de algunos cuantos locos que ansiaban utilizar sus adelantados conocimientos médicos en favor de una minoría. Una «élite» que al parecer deseaba dominar a los demás.

¿Por qué no ofrecían su ciencia a la Humanidad entera, sin andarse con tapujos?

¿No habían conseguido dominar a la Muerte, vencerla, desterrarla de un cuerpo sin vida para que éste volviese a florecer? ¿Qué más querían?

Joyce Wagner se sentía muy cansado y se apartó de todo aquel febril trajín, buscando un sillón donde sentarse y esperar a que el general Mansfield terminase su reunión con otras altas personalidades. Los párpados le pesaban y sin poder dominar el sueño cerró los ojos.

Pero antes de dormirse pensó en algo que había leído no sabía dónde y que ahora le venía a la memoria:

«La ciencia que sirve para hacernos orgullosos y que degenera en pedantesca ambición, no vale nada más que para deshonrarnos…»

Capítulo XIII

Alguien le tocó en el hombro, despertándole. Alzó la vista y vio a una muchacha, algo sonriente y divertida por haberle encontrado dormido:

—Sí… sí… Yo soy.

—Le llaman al teléfono, señor. En la cabina nueve.

—Gracias, guapita. ¿Por dónde cae eso?

—Sígame, señor.

Pasillos llenos de gente. Hombres con uniformes y sin él que iban y venían. Unos comentaban en voz alta; otros parecían más serios, como preocupados. Como si mirasen a los demás, preguntándose: «¿Será ése uno de los resucitados?».

La bomba había estallado. La «cosa» ya era de dominio público.

«Habrá que leer los titulares de la prensa», pensó el joven ingeniero astronáutico, siguiendo a la muchachita.

Llegaron ante la cabina 9.

—Ahí es, señor.

—Gracias, preciosa.

Luego, ya con el auricular pegado al oído:

—Diga… ¿Con quién hablo?

La voz de Sandra Murray le llegó triste:

—Soy yo, cariño…

—¿Pasa algo, Sandra?

—Sí, Joy. Ada Oliver ha muerto…

—¡Dios santo! ¡Cuánto lo siento! ¡Pobre Ada!

—Ha debido sufrir mucho. Se quejaba de unos terribles dolores en el pecho, a la altura del corazón.

—¿Ha podido atenderla tu médico?

—Sí. Llegó nada más marcharte tú. Pero todo ha sido inútil. No pudo hacer nada por ella. Llegó un momento en que Ada tuvo tres veces más pulsaciones que lo normal. ¡Se ahogaba, Joy! ¡Se ahogaba!

Ada Oliver, Acey Bardot, Yal Reale, el doctor Silvir… ¿Cuántos?… ¿Cuántos más habían sufrido aquella horrible muerte? ¿Cuántos la sufrirían aún?

Procuró calmarse, deseando consolar a Sandra que debía de estar llorando:

—Cálmate, cariño. Ella supo sacrificarse voluntariamente por todos. Para que otros no sean engañados ni utilizados como ella.

—Sí, Joy. Lo hizo por todos. Pero sobre todo… ¡Sobre todo por ti, Joy!

—¿Por mí, Sandra?... No... ¡No comprendo!

—Me habló en su agonía... Se ahogaba, pero insistió en hablarme. ¡Siempre te amó, Joy! Desde muy niña, desde que... ¡Desde siempre!

Quedó anonadado. Como si sobre sus hombros gravitasen todas las culpas de la Humanidad. Como si fuera el responsable de la heroica muerte de aquella valerosa mujer.

No sabía qué decir a la otra, a la que él realmente amaba, también desde que la conoció:

—¿Quieres que vaya para ahí, Sandra?

—No hace falta, Joy. Van a trasladarla al Hospital Central.

—¿Para qué ya? ¡No lo consientas, Sandra! Vendrán nuevas autopsias, análisis, comprobaciones, experimentos... ¡No lo quiero, Sandra! ¡Niégate!

—Lo siento tanto como tú, amor mío. Pero no es posible negarse. Dicen... dicen que Ada Oliver pertenece ya a todos. Que de esos análisis pueden salir muchas cosas para el bien común.

—¡Ya dio su vida para el bien común, Sandra! ¿Qué más quieren ahora? ¿Sus piltrafas? ¡Oh, Dios! Siento que yo también me ahogo, cariño... ¡Me ahogo de indignación y de pena!

—¡Joy! ¡Joy, cariño! ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? ¡Contesta!

No podía hablar. Le ahogaba el llanto.

Era lo único que podía darle, aunque tardíamente, a la mujer que le había amado más allá de la muerte.

Después de todo, no era poco porque el hombre, después de su sangre, lo que mejor puede ofrecer es una lágrima...

* * *

Pero Joyce Wagner estaba dispuesto a ofrecer más que sus lágrimas.

—¡Quiero ir, general Mansfield! ¡Quiero y debo ir! ¿Comprende?

El general Mansfield estaba en su despacho oficial de los gigantescos Talleres Astronáuticos y tamborileaba sobre la carpeta con el lápiz. De vez en cuando alzaba sus cansados ojillos sin pestañas y miraba a su joven ingeniero jefe.

Le veía como trastornado.

—No debes ir, Joy. Hombres como tú son muy necesarios. Hay quien nace para luchar, para combatir. Otros para crear, para seguir empujando a la evolución.

—Todo eso son excusas, señor. Llega un momento en que un hombre no es nada, no siente nada si no está satisfecho de sí mismo.

—Tú puedes estarlo, Joy. A tu edad eres…

—Por favor, general Mansfield. Ahora no se trata de lo que soy en estos talleres, sino de lo que quiero ser.

—¿Un combatiente más? ¿Un simple soldado que da su vida?

—¿Por qué no? ¡Ella la dio por todos! ¡Y era mi amiga!

—¡Ya salió! ¿Te sientes en deuda con Ada Oliver?

—¡Sí! Toda su vida estuvo queriéndome y yo… Yo sólo le ofrecí mi amistad.

—El amor es un dúo a dos voces, Joy. Si nunca estuviste enamorado de ella, habrías hecho mal haciéndola tu esposa.

—No se trata de eso, señor. Amo a Sandra y me casaré con ella. Pero…

—No podrás casarte con ella si mueres en esa lucha, Joy. ¿Sabes que en los primeros combates, en la Luna, murió más de la mitad de la primera División que enviamos?

—He oído algo de eso. Pero no me importa.

—Esa gente es dura de pelar. Obedecen a sus jefes ciegamente, de una forma fanática. Ya murieron una vez, y no temen a la muerte. ¡Les han dicho que les pueden resucitar las veces que sean!

—Lo he pensado bien, señor. Deseo que me envíen a Amaltea XII.

—Allí tienen su núcleo principal, muchacho. Han estado años fabricándose un mundo que no quieren soltar de sus dientes. Con él pensaban dominar todo el Sistema Solar, ¡Toda la Galaxia!

—¡Locos! —exclamó el joven ingeniero—. Hombres supercivilizados, que han llegado a un alto grado científico gracias a haber utilizado los cerebros mejores de los hombres que resucitaban, convirtiéndoles en esclavos de un puñado.

—No confundas. Joy. La ciencia que se aparta de la justicia, más que ciencia debe llamarse astucia.

No hubo respuesta del joven y el anciano militar siguió:

—¡Sí, Joy! ¡Han sido muy astutos! Años y años obrando en la sombra: robando cadáveres como hienas hambrientas. Trasladándolos a ese rincón apartado del Cosmos para fanatizarlos con sus doctrinas, obligándoles a lamerles las manos, porque les habían devuelto a la vida. Una vida que les quitaban al instante si no obedecían a la «élite», a esos ciudadanos de primera que formaban ellos mismos, caprichosamente, los escalafones en una sociedad degradada por el servilismo. ¿A eso llamas supercivilización?

—No hay duda que han conseguido algo portentoso, general Mansfield. ¡Vencer a la Muerte!

—La auténtica Vida y la auténtica Muerte las dicta Dios, hijo mío. Ellos no han conseguido nada más que hacer que un cuerpo apenas deteriorado, a los pocos días de haber dejado de latir su corazón, reactivarle con esas inyecciones... ¡El diablo sabe cómo lograrlas!

—¿No se ha conseguido tener una, analizarla, saber de qué y cómo están compuestas?

—¡Imposible! En la lucha, matan o mueren. ¡No hemos podido obtener ni un solo prisionero!

—¿Por qué no se intenta pactar con ellos?

—¿Con esos monstruos, Joy? ¡Es impropio de ti decir eso, muchacho!

—No me ha entendido. Pactar para sacar ventaja, para conseguir saber cómo logran resucitar a los muertos. Luego, una vez conseguido eso, que bien empleado puede ser maravilloso para la Humanidad, se les tiene a raya y si es preciso se les aniquila.

—No quieren pactar. Les ciega su orgullo. Y también su divisa: «Morir, para luego vivir mejor, como ciudadanos de Amaltea XII».

—Bien. Si las cosas están así. ¿Por qué no se termina con Amaltea XII? Unas cuantas bombas de hidrógeno de trescientas mega toneladas y... ¡Júpiter se queda con once lunas!

—La mecánica celeste tiene sus leyes inexorables, Joy. Ese cuerpo gravitando en el espacio mantiene un equilibrio que, de perderse, sabe Dios lo que ocurriría...

Joyce Wagner reflexionó que había dicho una bobada. Como buen ingeniero astronáutico, conocía muy bien aquellas leyes. Y el viejo militar aún le recordó:

—Y la moral también tiene sus leyes, muchacho. Nosotros no queremos aniquilar a esos hombres. Queremos evitar que sigan con sus planes de dominar el Universo, fanfarrones de poseer algo que nosotros aún no hemos conseguido. Por otra parte, muchos de ellos no son culpables: les eligieron, les devolvieron la vida y les trasladaron allí, furtivamente, tal como hacía ese canalla de Pierre Uri, cuando estaba de Gobernador en la Luna.

—Con razón decía yo que la flota de naves destinadas allí se desgastaban más de lo normal.

—Hacían secretos viajes con ellas hacia Amaltea XII, con su siniestro cargamento de cadáveres.

—General Mansfield, ¿no cree que se descuidó mucho ese satélite de Júpiter?

—Posiblemente se debieron hacer más viajes de inspección a él. ¿Pero quién pensaba en la Luna más pequeña de ese planeta

gigante? Ya empezar a colonizarle ha costado muchos sacrificios. ¡De eso se aprovecharon ellos!

El viejo general estaba satisfecho. Había conseguido apartar de su idea al joven ingeniero con su charla, pero quedó sorprendido cuando Joyce Wagner le anunció:

—He venido a despedirme, señor. Mañana parto hacia Amaltea XII.

Mansfield dio un respingo en el asiento, molesto y sacando su autoridad:

—¿Con qué permiso, Joy? Yo te ordeno que…

—No soy militar, general Mansfield. Me alisté voluntario.

—¡El diablo te lleve! ¿Quieres salirte con la tuya, verdad?

—No hablemos más de esto, por favor.

—¿Y qué dice Sandra? Supongo que estará contenta como unas castañuelas.

—Sandra no lo aprueba, pero me comprende.

—Hay millones de patanes por ahí, capaces de disparar un arma. Pero muy pocos de ocupar airosamente un puesto como el que tienes tú aquí.

—No le dejo cojo, señor. Tiene a Cotten.

—Al fin conseguirás que él ocupe tu puesto.

—Es tan capaz o más que yo, general Mansfield. Ya lo demostró en aquellos días. ¿No recuerda?

—El que debe recordar lo que deja eres tú. Y no me refiero precisamente a estos talleres.

—Ya sé… Se refiere a Sandra y… A los buenos amigos como usted, mi general.

—Te tocará la china… ¡Sé que te tocará la china! Te meterás en los peores fregados y nosotros ya sabes que no somos capaces de resucitar a nadie.

—A lo mejor me paso al enemigo. ¡Quién sabe! ¡Eso es muy tentador!

Le ofreció la mano y el viejo general se levantó. Se le vio vacilar, quiso evitarlo, pero no pudo. Y abrazó al hombre joven, deseándole:

—Mucha suerte, Joy. ¡Y cuídate, hijo mío!

—Lo haré, general Mansfield. ¡Lo haré!

Capítulo XIV

Fue una dura lucha, pero breve.

En menos de dos meses los últimos reductos de los fanáticos defensores de Amaltea XII quedaron reducidos a escombros, y entre sus cenizas, miles de hombres que habían vivido dos vidas terminaron su existencia definitivamente.

Muchos, repasando la Historia, vieron un paralelismo con lo que había ocurrido varios siglos atrás en Iwo Jima, Guadalcanal u Okinawa, cuando norteamericanos y japoneses lucharon allí. Entonces no hubo supervivientes entre los vencidos y en Amaltea XII ocurrió otro tanto.

Pero también resultó un caro triunfo para los vencedores.

Lejos de la Tierra, a más de seiscientos millones de kilómetros de sus casas, los hombres que lucharon allí tuvieron que darlo todo para sofocar el fanatismo de muchos que habían sido, años atrás, sus hermanos.

Aquella dura lección no se olvidaría fácilmente.

Hubo escenas realmente patéticas: hijos que habían visto morir a sus padres años atrás en la Tierra, que habían asistido entre sollozos a sus funerales y echado la primera paletada de tierra sobre el ataúd que cubría la tumba, se encontraron disparando contra sus seres queridos que habían sido resucitados por los dirigentes de Amaltea XII.

¡Triste jugada del destino!

Y Joyce Wagner tuvo que pasar por esta amarga prueba.

Un día, al doblar una galería del satélite de Júpiter, estando de patrulla con otros hombres, tropezaron con un piquete enemigo que también hacía su descubierta por aquel sector.

Se cambiaron los primeros disparos y los rayos «Láser» empezaron a centellear. Todos sabían que allí no había heridos: un blanco era mortal de necesidad.

El hombre alcanzado caía carbonizado, atravesado de parte a parte.

Y Joyce Wagner disparó su mortífera arma contra uno de los hombres enemigos, que era el más audaz y el que avanzaba con ansias aniquiladoras hacia ellos.

Cuando terminó la refriega con su victoria se acercaron a ver los cuerpos allí tendidos, y de su garganta brotó un nombre:

—¡Yal! ¡Yal Reale!

Quedó anonadado, arrodillado junto al cuerpo del que había sido su amigo, y el hombre que primero le hizo pensar en la

posibilidad de que un extraño poder empezaba a manifestarse.

¡Qué ironía!

¿Por qué Yal Reale había llegado a ser uno de «ellos»? ¿Es que nunca supo que le asesinaron? ¿Qué silenciaron su boca y la innata rebeldía que en él ardía?

¿Por qué los defendió entonces, hasta el último aliento, con aquella gallardía tan suya que le empujó otra vez a morir, y a manos del amigo?

¿Qué le pasaba a un hombre cuando le resucitaban? ¿Era como el degradado obrero chino adicto a las drogas, que trabaja para fumar su mísera pipa de opio y besa las manos del comerciante que le explota?

Debía de ser así. Si no les daban sus inyecciones estaban sentenciados. Y la dosis sólo se la ganaban los fieles, los adictos, los serviles. Los rebeldes como Ada Oliver volvían a morir.

¡Para siempre!

Cuando las hostilidades terminaron, sólo quedó una duda. Una duda terrible que empezó a torturar a las autoridades y al Gobierno Galáxico: ¿habían vencido al enemigo totalmente, o estaba agazapado en otros sitios?

En la misma Tierra, en cualquier gran ciudad, podían haber miles de ellos que esperasen su momento. Toda vigilancia podía ser poca. Pero ahora, al menos se sabía cómo actuaban.

El peligro mayor había sido vencido.

* * *

Joyce Wagner era uno de las artífices de aquella victoria.

Es más: él había iniciado la lucha, cuando fue elegido como víctima para que tras ser condenado y sentenciado por unos delitos que no había cometido, fuera uno de los «elegidos», uno de los llamados a resucitar, por el motivo de que necesitaban su cerebro, su experiencia como buen ingeniero astronáutico.

Por eso podía sentirse satisfecho y feliz de haber sido recibido por los brazos abiertos de una linda muchacha de cabellos rubios, a la que pronto haría su esposa.

Le contó lo que le había pasado con su amigo Yal Reale; le contó muchas cosas de aquellos terribles meses de lucha.

Y terminó diciendo, haciendo referencia al loco fanatismo de aquellos «ciudadanos» de Amaltea XII que habían dejado la piel en su ambicioso empeño:

—Es paradójico, pero cierto, Sandra: la mayoría de los hombres que no han hecho nada bueno en esta vida, desean siempre vivir

otra... ¡Por lo visto para seguir con ios mismos errores!

Sandra Murray sonrió y le ofreció sus labios.

Y al besarlos Joyce Wagner sí que sintió como una resurrección, sobre todo al pensar que los podía haber perdido para siempre.

Sí: aquello era volver a vivir.

FIN

Próximo número:

AMISTAD MALDITA

Roy Rowan

Jamás un amigo había
arrastrado a otro ser
a un abismo tan
enloquecedor…